

Carlos INCHAUSTEGUI

figuras en la niebla

(relatos y creencias de los mazatecos)

2ª edición



LA RED DE JONAS

PREMIA EDITORA

figuras en la niebla

INCHAUSTEGUI

972.019
I36
ej.3

CARLOS



La red de Jonás

CULTURA POPULAR

972.019
I36
e3

Carlos INCHAUSTEGUI

figuras en la niebla

(relatos y creencias de los mazatecos)

premià
la red de jonás 1984

Portada dibujo de *Francisco Toledo*
Diseño de la colección: Pedro Tanagra R.

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Coedición por convenio entre la Dirección General de Culturas Populares de la SEP y Premiá Editora de Libros, S. A.

Primera edición: 1983

Segunda edición: 1984

© Dirección General de Culturas Populares

© Premiá Editora de libros s.a.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ISBN 968—434—278—0

Premiá editora de libros, S. A.

Tlahuapan, Puebla.

(Apartado Postal 12-672

03020 México, D. F.).

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

*A la memoria de Crescencio
García, principal entre su
pueblo y excelente amigo.*



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

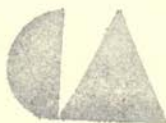
*“Y para concluir: sólo recuerdo
que había niebla. Y quien sólo niebla recuerda
¿qué recuerda?”*

YEHUDA AMICHAÏ, *Carta*

NOTA PRELIMINAR

Cuando llegamos a Huautla de Jiménez, Oaxaca, la neblina de sus días húmedos y tristes no nos dejaba ver sino siluetas de personas, de árboles, de casas. Estábamos lejos de imaginar que detrás de ellas se escondía un mundo mágico en permanente renovación, alimentado por el consumo de plantas alucinógenas.

Por las tardes, sentados en el corredor de la finca "Cafetal Carlota", y teniendo a la vista la selva virgen y sus cerros llenos de leyendas, oímos de labios de Joaquín García la mayor parte de estos relatos. Hay también alguno de Juana García, otro de Máximo Cerqueda y dos de Lucio García y de Lucio Figueroa. Un primer conjunto de estos relatos fueron ya publicados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el nombre de Relatos del Mundo Mágico Mazateco (Editorial SEP-INAH, 1977). En el presente volumen entrego a la sociedad nacional, y a los mismos mazatecos, otros relatos no menos valiosos de su mundo encantado, que hasta la fecha permanecían inéditos.



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

PRÓLOGO

La Sierra Mazateca se encuentra en los confines del Estado de Oaxaca, limitando con Puebla y Veracruz, y circunscrita por el río Pilola hacia el norte, el Santo Domingo hacia el sur, la Sierra de los Frailes al poniente y los llanos de tierra caliente de Veracruz hacia el oriente. Es un territorio con una baja llanura ondulada, por donde serpentean ríos como el Tonto, el Cosolapa y otros, de clima cálido y una serranía abrupta, de piedra caliza, en la que abundan las corrientes subterráneas, los sumideros y las cavernas. Esta sierra sirve de contención a las nubes que llegan del Golfo de México, de manera que siempre está cubierta de neblina. Su clima es húmedo, aunque no extremadamente frío, y llueve la mayor parte del año sobre un terreno musgoso.

Actualmente se encuentra cruzada por importantes caminos, que si bien no están asfaltados han acortado las distancias entre las comunidades. No obstante, esto no ha eliminado la necesidad de comunicarse a pie o en bestias por los lugares más recónditos.

La flora natural era, en la parte baja, de bosque tropical húmedo, y se prolongaba, transformándose en bosque mixto, hacia las partes altas, que no sobrepasan los 2 000 metros de altitud. La vegetación actual, sin embargo, se encuentra alterada, siendo ya raros los manchones de vegetación natural entre los potreros. Se siembran en las partes bajas frutales, maíz, tabaco y arroz, y en las partes más altas sobre todo café, que es lo que ha dado fama al territorio, y en pequeñas porciones maíz para el autoconsumo, que no llega a cubrir del todo.

El terreno, fragoso por excelencia, no es muy favorable para la agricultura, utilizándose para ello práctica-

mente "macetas" de tierra entre los pedregales. A pesar de la gran cantidad de corrientes subterráneas, el agua escasea grandemente y "nandá", agua, es sinónimo de poblado.

La gente de la parte alta tiene vocación por el comercio, que ejerce de diversas formas, y hasta hace algunos años las artesanías de Huautla de Jiménez, que es la capital intelectual de este mundo, gozaban de mucho prestigio en toda la región, como un gran pan circular de masa semiagria, con ciertas propiedades que lo hacían consumible sólo en determinadas circunstancias.

En la cabecera se fabricaba zapato, con cuero curtido en la misma región. Era el "medio zapato", forrado de "estoperoles" o "garbancillo" para evitar resbalones que podían resultar nefastos en el suelo jabonoso de la Sierra. Se tenía también una industria pirotécnica, de ropa bordada, etcétera. Todo gozaba de un especial prestigio.

Los arrieros hacían viajes de los llanos vecinos y regresaban cargados de productos serranos. Pero lo que daba animación a los caminos era el tráfico del café, que en su época se realizaba a lomo de mula de día y de noche por los senderos de la Sierra, y aún continúa realizándose, aunque limitadamente. Hoy el acarreo en camiones ha alterado los polos de concentración del producto.

El mazateco de toda la región nacía bajo la advocación de su "tona", en condiciones especiales y bajo presagios. Así, si llegaba envuelto en su placenta iba a ser un sujeto de fortuna extraordinaria, y "para que no se le fuera la suerte" debía ser cubierto inmediatamente después de nacer con una canasta. En algunos casos lloraba antes de nacer, lo que indicaba que iba a tener facultades premonitorias, lo cual no era ninguna felicidad, pues podía prever lo malo y lo bueno.

Siempre la madre guardaba sus 40 días, después del parto, acostada y entre baños de temascal preparados con "las 7 hierbas" especiales y una alimentación seleccionada.

El niño crecía en medio del cariño de sus padres, de

cuidados, peligros y presagios. También era objeto de una ceremonia especial de bautizo con "lavada de manos", y otra de corte de pelo, con sus respectivos padrinos. Otra ceremonia se celebraba cuando le daban "el evangelio", lo que lo hacía un buen cristiano. Pero un cristiano muy especial, pues en las enseñanzas acerca de Jesucristo aparecía éste como un personaje muy mazatequizado, y sus hechos, así como los de sus apóstoles, eran harto terrenales. Simultáneamente recibía la enseñanza de que el dueño de la tierra de los mazatecos era el poderoso Chikón Tokosho, ser de múltiples aspectos, dador de beneficios y de males, según las circunstancias en que se le encontrase, pero siempre protector de su pueblo. Se le enseñaba que las montañas, las cuevas, oquedades y accidentes geográficos que abundan en la Sierra, como lo hemos explicado antes, tenían sus habitantes especiales, con los cuales era necesario mantenerse en buenos términos, pues de otro modo rondaba la enfermedad y "el espanto".

Y estas relaciones en buenos términos se extendían por toda la vida adulta del individuo, para cada acto importante de la vida. Los dueños de la tierra eran muy exigentes, y pedían una dádiva por cada acto que implicara su uso.

En medio de presagios llegaba el momento del matrimonio del individuo, el que se celebraba con ceremonias especiales. La novia debía guardar toda una serie de costumbres, y corría riesgos si no lo hacía.

Venía la muerte, circunstancia terrible, sobre todo si se presentaba violentamente o en tierra extraña, y daba lugar a nuevas manifestaciones de conductas especializadas con respecto a los parientes, a los visitantes, al alma del difunto, a la casa y al cementerio.

Ocasión de procedimientos complicados y llenos de significado era la enfermedad, en la cual intervenían los especialistas: "El que sabe", "El que ve" y, por qué no, también "El que ha hecho daño".

La enfermedad implicaba un desajuste del individuo

con el mundo, una violación del orden establecido en convenio con los seres sobrenaturales, y un permanecer en el territorio vedado que sólo pueden trasponer los especialistas, que han recibido los dones que los caracterizaban de maneras especiales.

El área de la cultura mazateca que se refiere a la enfermedad y sus curaciones ocupa un importante capítulo y se extiende por los niveles de las hierbas, los animales, los minerales y sobre todo el mundo mágico, sin cuya intervención no existe curación completa.

El mundo mazateco se encuentra organizado en municipios libres, como todo el estado de Oaxaca, al cual pertenece. Estos municipios guardan entre ellos nexos y rivalidades que afianzan la unidad en vez de distanciarlos de la mayoría de los pueblos. Son hijos de la legendaria Huautla, de la que se han separado, y en muchos de ellos, por ejemplo, la autoridad informal o los empleos no políticos que requieren conocimientos especiales son desempeñados por huautecos, los que gozan del prestigio proverbial de su origen.

Los "principales" desempeñan funciones importantes en cada comunidad y en el conjunto de ellas. Apenas si este orden comienza a resquebrajarse en la moderna Huautla, víctima del proceso de modernización y de su ingreso en el mundo de la cultura nacional.

El "Principal" mazateco no es necesariamente un anciano: es un individuo con habilidad para resolver situaciones personales y que atañan al grupo, pudiendo ser muy joven. Las reuniones formales de éstos, convocados por las autoridades oficiales en plan de consulta, siempre han sido particularmente impresionantes.

Tales autoridades se encuentran al día sobre lo que sucede en el territorio mazateco gracias a las informaciones que les proporciona El Chikón. El dice qué es conveniente para el pueblo y qué es nocivo, aunque ahora su palabra se ve controvertida por la obra de ingenieros y profesionales gubernamentales. Las noticias corren co-

mentadas de boca en boca, y en un instante toda la Sierra está enterada de los sucesos más nimios y las decisiones tomadas. Esto era muy importante en tiempos aún no lejanos, de menos radios y mayor conversación de las gentes, para la formación de opiniones y la distribución en partidos, que siempre han existido en el mundo mazateco.

Desgraciadamente, en algunos casos la formación de partidos llevaba a la violencia, situación que ahora ha disminuido bastante. Ahora se discute más pero hay menos agresión física que en el pasado, y los bandos han tomado formas exteriores más nacionales y menos locales.

Pero todos los sucesos reales o ficticios, los hechos históricos, su cosmogonía y hasta sus emociones quedaron registrados en ese gran aporte que a la cultura nacional hace el pueblo mazateco en sus relatos. Su producción no es artesanal, aunque la hay; no es arquitectónica, no es material. Su fundamental aporte es su literatura oral, esa enorme masa de relatos que explican cada uno de los detalles de la vida.

En general, un profundo animismo tiñe los relatos de la etnia. A través de ellos vemos desfilar los "dueños" de todo accidente geográfico, de las aguas y los cielos. Sobre todo se pone énfasis en la existencia de un mundo paralelo al nuestro, en el cual suceden cosas análogas, aunque sus participantes gozan de poderes que no tienen los humanos.

La existencia de este mundo justifica la de los seres humanos que pueden participar de él manteniéndose en aquel umbral entre los dos territorios: el mágico y el real. Las incursiones de los habitantes del mundo mágico al nuestro, sin embargo, son más frecuentes que los de éste en el mágico, que hacen especialistas sólo por necesidad.

La mitología mazateca es dual. En ella se mueven como personajes principales los dueños del bien, que son varios, y el dueño del mal, que es uno solo. La situación se complica porque los dueños del bien pueden hacer daño

también cuando se les provoca, o cuando se encuentran enojados por trasgresiones voluntarias o involuntarios de los humanos.

Pero esto sólo es uno de los niveles en que suceden los hechos. En realidad existen varios niveles en los que se presentan diversos sucesos ajenos al tiempo, por lo que se podría decir que son intemporales. Uno es el de los grandes relatos cosmogónicos sobre el origen del mundo y de las cosas. Otros tratan sobre el origen de los lugares geográficos y de sus nombres, como habitat de los seres sobrehumanos. Un nivel (el más próximo, no el más bajo) trata de las relaciones entre los hombres y los sobrenaturales.

Descuella entre todos los personajes sobrenaturales El Padre Eterno, que se encuentra por encima del Sol y del Chikón Tokosho. Su contrapartida es El Negro, el Maligno, autor de todos los males, y cuya única finalidad es perjudicar a los humanos, para lo cual sale en la noche a realizar su cometido. Vive en el poniente, como el Padre Eterno vive en el occidente.

Todos los actos de la vida se encuentran regidos por las relaciones entre estos sobrenaturales, y las intromisiones humanas provocan calamidades sobre pueblos y personas.

Ahora bien, estos señores tienen sus moradas en lugares específicos, situados comúnmente en las grandes cavernas, pero existen moradas especiales como Nindó Tokosho (nindó, o nindú— montaña) en Huautla de Jiménez, el Cerro Rabón, en Ixcatlán, y el Cerro San Martín, en Mazatlán de Flores Magón. Aparentemente se trata de diversos seres sobrenaturales, pero en realidad es el mismo. Hay unidad en el personaje, aunque no en las designaciones, que corresponden a las diferentes formas dialectales y en ciertos casos a las deformaciones producidas por la introducción del castellano, así como del afán de identificarlo con personajes pertenecientes al mundo cristiano o a tradiciones oídas que corresponden a su pro-

pia mitología, como por ejemplo los la'a, pequeños seres traviesos "que viven en donde hay harta basura", y que en algunos relatos son llamados chaneques, y en otros "duenders" o "duendes". Asimismo existe una confusión superficial entre el Diablo cristiano y el Maligno mazateco, siendo este último en realidad más inexorable que el otro.

También el concepto de Dios, Padre Eterno y Sol permanece en el mundo de las confusiones, y no tienen bien definido a quien se refieren en determinados momentos. Del Padre Eterno se afirma que "está sentado en su silla, en una mesa de plata, al otro lado del Mar Eterno, y sobre la mesa tiene los modelos de todos los seres que pueblan la Tierra". Sin embargo se dice: "El Sol es un Dios, también".

Pero todos se encuentran siempre presentes y es difícil separar los dos mundos. Los pequeños dueños de los elementos y de los accidentes geográficos y topográficos intervienen en el momento menos pensado; aparecen y desaparecen, se les ve cruzar las calles y los caminos en una actividad incansable.

Los hombres también tienen poderes malignos, que usan dándose cuenta o no de ello: la mala voluntad, la envidia, el odio, producen efectos físicos sobre cosas y personas. Un animal consentido puede recibir todo el daño provocado por la envidia o el odio que se tiene al dueño, y muere. Igual puede suceder con una planta de la casa, o aún con una simple gallina, que muere inexplicablemente. Esto hace que el umbral entre ambos mundos sea más franqueable.

Lo asombroso de este universo mitológico es su presencia constante en la vida de la gente y de las comunidades. Todo es explicado por la cotidiana injerencia de estos seres mitológicos, de influencias malignas, de presagios benéficos o maléficos, de halos, alientos, aires, huellas, etcétera.

Los personajes de las historias mazatecas varían dentro de toda la gama de los seres vivientes, antropomorfi-

zados o zoomorfizados: los animales hablan y se transforman, están asociados, y en algunos casos las plantas hablan y se encuentran también asociadas o se transforman en animales.

Los hombres sufren asimismo transformaciones (nahualismo), convirtiéndose voluntaria o involuntariamente en animales, aunque nunca se explica el procedimiento por el cual se realiza tal transformación. De plantas como "El Hueledenoché" surgen víboras, lo mismo que de la olla de "nanacates" despreciada. El hombre se vuelve tejón para robar en el coscomate, o mapache para robar en las milpas. Pero la transformación más impresionante es la del hombre que, bajo el influjo de la ira, comienza a "echar cuernos", infundiéndole el terror entre sus aprehensores. Las transformaciones se realizan entre hombres, mujeres o niños; no hay un límite para esto, y suceden impensadamente.

Quizá el personaje más simpático de todo este mundo sea el tlacuache, que pontifica y enseña a los demás animales, de los cuales se hace respetar. Es un viejo sabio, y su presencia siempre está unida a la solución de problemas de carácter universal.

Sin embargo todos los personajes son animales silvestres y "de la vieja fauna", aquella que "era la doméstica antes de la llegada de Jesucristo". Es curioso, pero no hemos encontrado un solo relato en que los personajes sean animales "importados" por los conquistadores: nunca habla el gallo, ni un asno, etcétera. En cambio, para las transformaciones malignas sí puede un hombre convertirse en marrano, por ejemplo.

La distribución geográfica de las historias no sufre variación alguna: las mismas historias se encuentran en los altos como en las llanuras, aunque los relatos referentes a las grandes corrientes de agua, como es natural, se encuentran más en las llanuras. Asimismo, los relatos referentes al Chikón son más abundantes en la parte alta, y los referentes a animales y plantas antropomorfizadas son

más comunes en las llanuras o lomeríos de la parte baja.

En todos los relatos mazatecos se encuentra una gran analogía con los relatos chinantecos recogidos por Waitlauer, y en cuanto a la persona del Chikón, el antropólogo R. Williams ha tratado de identificarla con Quetzalcóatl. Es decir, se trataría de una versión local de Quetzalcóatl, pero su presencia y sus "hechos" no son históricos, sino actuales y vivientes.

También entre ellos se encuentran relatos de valor universal como el famoso del Muñeco de Cera y algunos que se repiten en la literatura general de México, como el de los hermanos que dan origen al sol y a la luna, aunque con variantes.

El relato referente al origen de las plantas y el de la vieja y los niños tienen reminiscencias sudamericanas, al relacionarse con la historia de Achiqué y los Gemelos, que estudia S. C. Tello, y es común en las selvas del Amazonas.

También es notable la ausencia de "espíritus" puros en la diaria mitología (llamémosla así), excepto cuando se trata de los muertos, y en todo caso los espíritus que sufren son los de aquellos que han muerto lejos de sus pueblos y de sus familias: se aparecen, se quejan y no encuentran reposo.

En cambio se mencionan con frecuencia "halos", tanto de las personas como de las cosas y los accidentes geográficos, que indican el carácter sagrado de los lugares.

Como su propósito es casi siempre ejemplar, los relatos mazatecos son contados en tono misterioso y de preferencia en la noche, aunque surgen normalmente de la conversación diaria: cómo fulano despreció la fortuna que le brindaba el Chikón, cómo zutano está enfermo por haber ofendido a cualquier ser sobrenatural.

Una característica de los sucesos sobrenaturales mazatecos es que suceden en pleno día, a cualquier hora. No precisan de horas especiales para suceder. En plena mañana de sol puede uno encontrarse en cualquier lugar, con cualquier sobrenatural, al cual, desgraciadamente, se le

reconoce sólo después de que trató con uno, por lo que dijo en la conversación o por alguna actitud que tomó. Una conducta identificatoria corriente es "que tomó por entre el monte como si en él hubiera camino". Entonces el individuo espantado o sorprendido descubre que estuvo hablando con alguno de "los señores" o con "El Güero".

El relato siempre es dramático, con una culminación sorpresiva, aunque no deja de tener en ciertos casos visos de humorismo, como aquel del borrachito que se negaba a "dispararle" un trago nada menos que al mero Chikón Tokosho, El Güero, a pesar de la insistencia de éste, perdiendo así su fortuna. Cuando volvió al lugar del encuentro por consejo de su mujer, ya no halló a nadie.

Se remarca siempre en el relato mazateco que la desconfianza, más que el miedo, es la causante de la pérdida de la fortuna que puede brindar un sobrenatural. "Vio la olla y no quiso tomarla", se dice. "Luego volvió para ver si estaba..." En otros casos la avaricia lleva a los hombres a realizar actos altamente reprobables, como disponer de la vida ajena.

Pero las pasiones humanas más comunes que aparecen en los relatos son la avaricia, el miedo, la desconfianza y la envidia, que caracterizan muy bien lo que Foster considera como factor común de la vida de la aldea.

I

EL CHIKÓN: LOS ARBITRIOS DE UNA DEIDAD

1. *Recorridos del Chikón*

Cada 6 meses sale el Chikón a recorrer la tierra, según me platicaban. Le toca el 6 de enero, y también el 6 de junio, cuando es medio año. El 6 de enero es cuando inicia su recorrido, y vuelve a salir a principios de junio.

2. *Su hora de comer*

Ayer en la noche estábamos platicando de la hora en que los Chikones salen a comer. Su hora de comer es al mediodía, a las doce en punto del día, hora en que se oyen los ruidos. La plática de ellos también se puede oír. . . Claro que para oír eso se necesita un lugar muy apartado, tranquilo, pues si no, no se oye.

A esa hora no hay que ensuciar el agua. Ni bañarse uno ni ensuciar el agua.

3. *El que le negó caña a El Güero*

El finado J. T. se iba de acá, como a las ocho, ocho y media de la noche. Ese señor trabajaba aquí, y como a veces le gustaba tomar, se quedaba hasta el último.

Una vez llegó al arroyo grande y vio un caballo blanco, y luego vio al dueño. Y este hombre que le pregunta:

—¿A dónde vas?

—Pos a mi casa —le dijo—. Vengo de aquí de la Finca Carlota.

—Oye, yo sé que traes caña. Regálame un poquito. Me acabo de bañar y me va a caer bien un traguito.

—¡No! —le contestó el finado—. Yo no regalo nada.

—Bueno; véndemelo, pues.

—Tampoco lo vendo. Es para mí, para mañana temprano.

—Bueno —insistió el dueño del caballo—. Entonces hazme un favor.

—A ver, dime de qué se trata.

—Toma este dinero y ve a traerme un cuarto o medio litro de caña.

—No —se negó el finado—. Es que está lejos y no tengo ganas de caminar tanto.

—Ve hombre, no seas malo.

—¡Pues no!

—Bueno —dice—; véndeme entonces el tuyo. ¿Cuánto te costó? yo te doy más de lo que te costó.

—No —volvió a negarse—. No lo vendo. Este es para mí.

—Bueno —le insistió el extraño—. Regálame un traguito.

—No, nada —se negó rotundamente el finado.

—Está bien, pues ni modo —se conformó el extraño.

El señor siguió caminando, y cuando llegó a su casa le contó a su familia:

—Oigan, me pasó esto y esto.

—¿Y por qué no le diste? —le dijo su esposa—. ¿Por qué no le vendiste? ¿Pues no sabes quién te estaba hablando? ¡Era el mero mero!, que le dicen. ¡Pero ya ni modo!

Regresó creyendo que todavía lo iba a encontrar allí, pero ya no estaba. Después, todas las noches se iba con la esperanza de encontrarlo nuevamente. Estaba en juego su buena fortuna.

4. *El viejito que sacaba barbasco*

—Otro viejito de la agencia,* que sacama barbasco, iba cierto día como a las cinco de la mañana para Ayautla, y en eso escuchó los cascos de un caballo tras él. Como mi papá tenía un caballito chico, blanco, y siempre montaba su caballito, este viejito pensó que era él.

Y ya lo vio, venía con su sombrero charro, su caballo blanco y todo, ¿no? Se saludaron.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Dónde vas?

—Voy a Ayautla —dijo el recolector.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevo barbasco.

—Tá bueno. . . tá bueno —exclamó el jinete—. Apúrate, pues. Sígueme, vamos.

—Sí —dijo el señor.

Pero en eso El Güero se descuelga y se va por la pura barranca como si hubiera camino. Ya se fue. Y al viejito, pues, le entro mucho miedo. Tiró el bulto y se regresó a su casa a dormirse otra vez.

* Agencia municipal de La Soledad, Ayautla, vecina inmediata de Cafetal Carlota.

5. *El anillo de oro*

Este era un señor que fue a escarbar barbasco, y entre el barbasco, en donde estaba escarbando, encontró un anillo. Entonces lo agarró y se lo puso. ¡Pues ora sí que era la suerte de él! Y cuando este señor iba a buscar barbasco ya no tenía que escarbar mucho, conseguía 100 ó 200 kilos en un rato, cosa que otros les llevaba un día o dos.

Y así este señor se fue rápido para arriba. Compró sus animalitos, su terreno, hizo su casita.

Pero le vieron el anillo. Era una persona que nunca había usado un anillo, y le vieron un anillo de oro, con una piedra.

—¿Dónde compraste ese anillo? —le preguntaron.

—Escarbando barbasco lo encontré —les informó.

—No te creemos —le dijeron—. Te robaste ese anillo. ¡Cuidado que te vayan a agarrar!

—Lo encontré —dice—. Estaba enterrado. Pos ora voy y escarbo barbasco allí nada más. No tengo ni que andar mucho.

Y al otro le tentó la ambición y le dijo:

—Oye, véndemelo. ¿Cuánto quieres por el anillo?

—No —contestó el buscador—. No lo vendo.

—¿Cuánto quieres? —le insistió el otro.

—¡No lo vendo! . . . ¡No lo vendo! —se negó el recolector.

Y ya de tanta y tanta insistencia, aburrido, le dice a su amigo:

—¿Cuánto me das?

—¡Te doy doscientos pesos! —exclamó feliz el otro.

—Tá bueno. Te lo doy.

Ya cambió de dueño el anillo.

Y este señor, el nuevo dueño, iba a buscar barbasco pero ya no encontraba nada.

¡Nada de barbasco!

En eso ya se enferma el señor que encontró el anillo y lo vendió. La señora vendió primero una cabeza de animalito para atenderlo. Luego fue vendiendo todo, todo. Hasta quedarse sin nada. Murió él y después fueron muriendo los hijos.

En cuanto al anillo, el señor que lo compró iba, veía una mata de barbasco y empezaba a escarbar, pero ¡nada! ¡No conseguía nada!

Una vez se fue a Tuxtepec, y se encontró allí un hombre alto, güero.

—Oye —le dijo—. ¿Cuánto quieres por tu anillo?

—No, no lo vendo.

—Te lo compro —ofreció.

—No, no lo vendo.

—¿Cuánto quieres? —repitió el desconocido.

—No señor, no lo vendo.

—Me gusta tu anillo —le platicó.

—¡Pero yo no lo vendo!

—Mira, te doy quinientos pesos —ofreció el desconocido.

—¡No! ¡No lo vendo! —se negó el recolector de barbasco.

El desconocido le ofreció setecientos pesos.

—No —responde más débilmente el recolector, pues ya estaba tentado de venderlo.

—Bueno —dice—. Te doy mil pesos.

—Ándele pues.

Y le dio el anillo. Se lo dio en mil pesos.

Pasó el tiempo y este señor empezó a platicar el asunto.

—¡Pero por qué lo fuiste a vender! —le dijeron sus amigos—. Ve otra vez y consíguelo.

Bueno, llegó a Tuxtepec este señor, que era muy conocido ahí, y preguntó:

—Oigan, ¿no han visto a un señor así, así y asá?

—Aquí nunca hemos visto a ese tipo —le contestaron.

—¡Cómo! ¡Si yo estuve con él! —exclamó admirado.

—Pues sí —le dijeron—. Pero ninguna persona de este tipo hay aquí.

Entonces éste empezó a platicar cómo estuvo la cosa.

—¡No! ¡Pues era el dueño del anillo y lo vino a recoger! —exclamaron.

—Sí, El Güero.

Aquí, en Cafetal Carlota, se aparece mucho El Güero. A mí no se me ha aparecido, pero sí a otros.

6. *El hombre grande de la barranca*

Este señor se fue a bañar tempranito, a las cinco de la mañana, aquí en la barranca, y se le apareció El Chikón. Este señor se impresionó cuando lo vio y se espantó. Y al llegar a su cuarto le preguntó su esposa:

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Nada —dijo—. Nada.

—¿Pero qué tienes? —insistió su mujer.

—No —dijo—. Un hombre grande en la barranca me quería llevar.

Este hombre había llegado en paños menores a su casa, porque ya nomás agarró su ropa y se fue corriendo. Y ahí quedó enfermo.

Entonces sus familiares lo llevaron a Santa María, consiguieron un curandero.

Sin decirles nada el curandero aquel empezó con su maicito y todo.

—¡No! Este hombre se encantó en una barranca —dijo—. Se iba a bañar. Allí vio a alguien y se espantó. ¡Si le hubiera hablado!

—¡Pues cúrelo! —le instaron los parientes.

—¡Ya no tiene salvación! —afirmó el curandero—. De hoy a mañana este hombre se muere, y al morirse todo se va a llenar de arena. Si no es cierto, vengan a verme de nuevo.

Y sí, al otro día murió el hombre y empezó a llenarse de pura arena, con la arena de la barranca.

7. *La barda*

Esto tiene como dos años que pasó.

El hombre venía del trabajo, por el camino que entra a la finca. No había luna; estaba muy oscuro. Estaba ya cerca de aquí cuando se topó con algo. Entonces que empieza a alumbrar y ve una barda, pero una barda grandísima, y nunca había habido una barda allí.

—Y ora sí, ¿por dónde me voy? —se dijo el hombre, y le buscó la vuelta. Al final salió por donde está la bodega.

—¿Por qué no regresas a ver qué pasó? —le pregunté yo cuando me contó.

—Ya para qué —contestó—. ¿Acaso quieres que me gane una enfermedad? Es cosa del Chikón.

8. *Allá por Agua Estrella*

Allá por Agua Estrella, cuando pasó el muchacho este por primera vez, había una lámpara de mano. El muchacho miraba pa'cá y pa'llá, y no había nadie, nadie había. Él, como que quería agarrar la lámpara y como que no.

—¡No! —dijo, y se vino corriendo.

Esa fue la primera. Y la segunda vez, venía de Huautla caminando, cuenta, cuando de repente El Güero brincó así al camino, ¿no?

—Oye. ¿A dónde vas? —le preguntó.

—Voy a Carlota —le contestó el muchacho.

—Tá bien. Oye. ¿Sabes qué? ¡Me gusta tu foco!

Le dijo esto por una lamparita que traía él, una lámpara de mano.

—¡Me gusta tu foco! —le repitió El Güero.

—Sí, pero yo lo estoy ocupando —le contesta el muchacho.

—Mira —insiste—. Te lo compro.

—No lo vendo. En Huautla hay. Vete a comprar a Huautla uno igual.

—Mira, que me gusta el tuyo.

—No. No lo vendo.

—No seas tonto. Bueno, mira. En esta caja traigo un radio. Te lo cambio por tu foco. Tú sabes lo que cuesta un radio y lo que cuesta un foco.

—Pues no. ¡No!

—No seas tonto. Te conviene lo que te estoy diciendo.

—Pues no y no.

—Está bien. Pues si tú no quieres, ni modo —responde El Güero y se va, se mete al monte y haga usted de cuenta que iba por un camino.

Y entonces fue cuando reaccionó el muchacho di-

ciendo: —¡Cómo no le di mi foco!

Pero ya ¿para qué? Ya había pasado el momento de la suerte.

Y otra vez venía el mismo muchacho por Agua Estrella y vio un bulto colgado, una ollita. “¿Qué será eso?”, se dijo. Bueno. A él le daba tentación de irlo a bajar, pero al mismo tiempo le entraba miedo. O sea que lo que le faltó fue valor para decidirse, ¿no?

Ya por fin se dijo: “No. A lo mejor robaron eso y lo vinieron a colgar aquí”. Así pensó él y siguió su viaje.

Cuando volvió a Huautla pasó a ver otra vez ahí. ¡No había nada ya! Ni señas había de que allí hubiera existido algo.

Ese muchacho trabaja aquí en la casa. Se llama B. N.

9. *La cueva de Agua Neblina*

Esto le sucedió a un compadre mío. Fue en Agua Neblina. Estaba sembrando cafetales y venía por matas acá a Cafetal Carlota, por medio del campo, para llevarlas a Agua Neblina. Iba con su caja cargando las matitas, y por donde pasa el camino hay una cueva. Ya pasado él ve la ollita que estaba allí, ¡de puro oro!, dice.

Pero él, por no dejar lo que venía cargando, no agarró la ollita. “¡No!”, se dijo. “Voy a dejar la caja y orita regreso corriendo”.

Y ya cuando regresó, ¡cuál ollota!

Ya no había nada.

Desaprovechó la oportunidad. Era el don del Chikón.

10. *Y así fue como salvó su vida*

...Y le pusieron una emboscada a mi papá, ¿no? Y como era creyente, él tenía fe. De una loma para acá divisó tres humanos. Entonces dijo: “¡Uyyy!” y cuando se dio vuelta vio que iba un panadero... y ellos vieron soldados, tantos soldados vieron esos. “¡Híjole!” dijeron, “ese señor viene bien protegido, no podemos hacerle nada con tanta protección que trae”.

Mi papá se persignó y dio la bendición, y aquellos corrieron, corrieron por la milpa esos maleantes. Cuando ya iban por el panteón de San Juan, preguntaron los maleantes al panadero:

—¿Que ya pasaron los soldados que iban con aquel señor?

—Va solito —les dijo admirado éste—. Nomás va con un mozo que lleva. Pero ¿cuáles soldados?

—Pues cuando nosotros lo vimos, traía un regimiento de soldados con él.

Y fue así como salvó la vida.

¿El Chikón? ... Sí... ya.

Eran los dueños de los lugares.

Y fueron tres las veces, fíjese. La segunda vez, también, iba de aquí para allá. Es que en realidad, como le decía hace rato, le tenían ganas. Y también ahí, en el mismo lugar, lo vieron que venía, ya bien tarde, y que iba otra persona adelante y otra atrás. A caballo iban los tres. Y tampoco en esta ocasión le tiraron. Otra vez estas personas se fueron a informar hasta Coatzacoapan, que a qué hora había pasado el señor y con quiénes iba.

—Venía solo, como acostumbra andar —les dijo el señor al que interrogaron.

11. *El hombre brillante en la gran mesa*

Esto fue en Ayautla, donde vive ese muchacho. Iba a salir de viaje, y le dije:

—Mejor mañana te vas.

—Sí. Quiero salir temprano —me dijo—. Así que paso a dormir al corredor.

—Está bien. Quédate —le dije.

Se acostó entonces y medio que se emborrachó.

Y un sueño nomás echó entonces. Ni traía reloj, ni nada. Un sueño nomás echó. Ensilló su bestia a media-noche y se fue. Mas llegando al campo aéreo, allá abajo en el campo viejo, vio una mesa grande, y que enmedio estaba un chingado rifle. Y ahí estaban también cuatro o cinco cabrones, a la orilla; y ¡cómo brillaba el que estaba enmedio! ¡Haz de cuenta que era un rey!

Se le entumió el cuerpo al muchacho. Las bestias ya no querían caminar, pero como siempre cargaba pisiante, como pudo se lo untó en el cuerpo y un poquito se echó en la boca. ¡Se desapareció entonces esa cosa! Pero desde que salió del campo aéreo hasta que llegó a la finca, estuvo entumido. Jamás ha vuelto a ir de noche por ahí.

12. *Tres reyes en la noche*

Ahora es albañil y carpintero, pero antes era viajero; iba a Ayautla a comprar café. Y pues siempre él madrugaba. Se levantaba a las dos, a las tres de la mañana y salía para Ayautla. Pero una vez, al llegar allá, a la entrada del campo de aterrizaje, vio en el centro una mesa que estaba puesta ahí, con tres reyes sentados en ella. Hasta los burritos se espantaron, se querían regresar. Claro que él también de momento se espantó, le entró mucho miedo, y dijo: “¡Dios mío! ¿Qué es esto?” Y se le empezó a enchinar el cuerpo. Sentía que la cabeza le crecía, y se dijo: “Pues, ¿qué hago?”

Entonces lo que hizo fue sacar un cigarro y prenderlo, pero a la visión aquella pues como que no le hacía efecto el humo del cigarro. Entonces oyó atrás de él que ya venían otros compañeros, y sintió valor. Aquéllos venían platicando, riéndose, arriando a sus burritos. Fue entonces que la visión desapareció, pero él todavía sintió el cuerpo adormecido hasta llegar a la finca.

Los reyes posiblemente eran los Chikones. Estaban ahí, tenían alguna sesión en el mismo lugar, en el campo de aterrizaje de Carlota.

13. *El dueño del río Uluapa*

Pues decían que el dueño del río Uluapa andaba pidiendo ocho vidas para dejar pasar la carretera. Y así fue. Se llevó ocho. Se accidentaron y allí nomás quedaron.

Para el puente colgante en Loma Naranjo el río pidió seis. Y murieron los seis allí. Ya habían puesto los cables. Estaban poniendo las tablas cuando se trozaron los cables y todos cayeron al río. Allí murieron.

14. *Una caja de pura plata*

Esto le pasó a un señor que vivió aquí, que estuvo trabajando. Se llamaba Martín.

Este hombre fue a sacar una caja de pura plata de donde está el campo. De allí fue a sacarla. Y ya la traía. La venía cargando y acá abajo, en la lomita, ya no aguantaba el peso. "No", se dijo. "La voy a dejar un ratito en el suelo para descansar".

Al tocar piso la caja se le fue, ya nomás se quedó con el puro mecapal en la mano. ¡Ya había sacado la plata, ya la traía! Era El Chikón, y por eso precisamente se la volvieron a quitar. Dicen que al sacar una cosa de esas no hay que descansar, dejando que toque tierra otra vez, hasta llegar a la casa.

Así varias gentes han desperdiciado la oportunidad que les da El Chikón.

15. *El viejito de Soyaltepec*

En Soyaltepec vivía un viejito, un anciano ya. Este hombre desaparecía, pero cuando regresaba siempre traía un centenario, de esos de cincuenta pesos. Lo llevaba, lo cambiaba; se estaba ocho a quince días.

Y muchos, claro, se preguntaron de dónde lo iba a traer. Entonces lo comenzaron a espiar, para ver a dónde iba.

Pero cuando este hombre iba llegando al lugar de donde sacaba las monedas, desaparecía. Y así nunca nadie dio con el lugar.

Al Güero le ofende cuando se hace mucha ostentación de sus dádivas.

16. *El jinete misterioso*

Eran dos comerciantes de Huautla a los que les agarró la noche en la caseta del campo de aterrizaje de Cafetal Carlota.

—Pues nos quedamos aquí, mano —le dijo uno al otro.

Pasaron al corredor de la caseta y allí se acostaron en el suelo. Estaban platicando los dos cuando de pronto llegó un hombre a caballo y les dijo:

—Oigan ustedes, ¿de casualidad no traen vuelto? Cámbienme por favor este billete.

—No. No traemos —le contestaron.

Pero entonces uno de ellos piensa y se dice en voz baja: “Pero ¿qué cosa anda haciendo por aquí a estas horas?” y que le pregunta al otro:

—¿Qué cosa andará haciendo por aquí?

—¡Quién sabe! —el otro murmuró.

—¡Anden, por favor, cámbienme un billete! —insistió el desconocido.

—¡No tenemos! ¡No traemos suelto! —afirmaron los comerciantes.

—¡Bueno, aunque sea cien pesos cámbienme! —insistió el visitante.

—¡No, no traemos nada! —volvieron a afirmar los comerciantes.

—Bueno, pues. Ta’ bien —dijo el desconocido, y se dio vuelta para irse.

Y ya entonces lo vieron. Era El Güero, con su caballo blanco y todo. Pero cuando se dieron cuenta ya se había ido. Lo vieron atravesar la alambrada como si no hubiera nada.

—¡No es el dueño del cafetal! —exclamaron espantados y huyeron por la noche.

17. *Un regalo de El Güero*

Pues éste se fue a Puebla a comprar ropa. Hizo su carga, ¿no? Ya llegando a Teotitlán, le dice un señor:

—¡Oye, lleva mi bulto a Huautla!

Se trajo los dos bultos de ropa. Ya llegando aquí se quedó esperando que llegase el señor por sus bultos, y nadie. ¡Nadie! Meses y meses pasaron.

Por eso dicen que es de origen malo el dinero que tiene ese señor. Pero se lo dio El Güero.

18. *Doce barriles de oro*

Otro señor, de allá de Jalapa de Díaz, le dijo a mi papá:

—Compadre, ¡a mí me habló El Güero! ¡Sí, compadre!

—¿Y qué te dijo, pues?

—Que tengo doce barriles. Y me los ha enseñado.

—¿Y qué esperas compadre? —le aconsejó mi papá—. ¡Sácalos! ¡Ya son tuyos! Pero compadre, ¿a cambio de qué te los da?

—De nada —contestó el señor—. Me dijo que no quiere nada en cambio; nomás me quiere dar los doce barriles.

—¿Y son de puro oro?

—Así dice, compadre. Pero yo no me arriesgo. ¿Usted qué dice? —le preguntó a mi papá—. Si se anima, vamos. Yo conozco el lugar. Ya me lo enseñó; me ha llevado allí.

—Pues si tú quieres, vamos. Pues ya.

Entonces fueron y escarbaron todo, pero ¡nada!

Y ya se regresaron. Podían venadearlos allí porque era una propiedad privada.

Y a la siguiente noche se le aparece El Güero otra vez al mismo señor, y le dice:

—¿Qué pasó contigo? Yo te lo estoy dando a ti, no para otra gente.

—No, es que es mi compadre.

—Pero no es para tu compadre sino para ti. Tú eres el que tiene que sacarlo. . . Tú solo.

—No, yo no quiero nada. Yo estoy bien como estoy.

—Bueno —dijo El Güero y se fue.

Otra vez llegó este señor al rancho de mi papá, y le platicó:

—Compadre. Este hombre no me deja en paz. De allí a donde fuimos a ver nosotros lo cambió a otro lugar. Se

lo llevó. Ora lo tiene en tal lugar, y no hay peligro allí. Si quieres vamos.

—Si ya te dijo que es para ti; no vamos a encontrar nada otra vez si vamos juntos.

—No. Yo ya le platicué de ti. Vamos a ver qué cosa hacemos.

Y sí. Volvieron a ir y ¡nada! Y ya se regresaron otra vez al rancho.

Y a este señor, en la siguiente noche, ¡otra vez se le aparece El Güero!

—Oye —le dijo—. ¿Qué pasó contigo? ¡Ya estás encima! Ahora decídetle nomás. Pero no lles a nadie; ¡tú solito!

—Bueno, pero ¿qué hago yo solo?

—Precisamente allí está el chiste.

—Pero, ¡cómo voy a traer yo solo todo eso!

—Piensa cómo vas a hacerle.

—¡No! De plano yo no quiero nada.

—Bueno —dijo, y se fue. Pero no lo dejaba en paz. Todas las noches se le aparecía El Güero.

“Ya”, se dijo el señor. “Yo me voy de Jalapa de Díaz. Me voy pa’ Loma Bonita”. Se fue para allá, a un rancho. Allí se acomodó. Él pensaba: “Ahora sí. Aquí no me va a encontrar El Güero. Voy a poder descansar”.

¡Qué va! Esa misma noche se le apareció:

—Oye, ¿por qué corriste? Pero aun así, aquí te lo traje. ¡Aquí está! —le dijo.

Y allí se lo puso, en la casita donde vivía.

—¡Por favor, señor! No me moleste. ¡Yo no quiero tener nada! ¡No quiero! Usted no quiere que yo traiga otros amigos. Yo solito, ¿cómo le hago?

—Piensa, hombre. ¡Piensa!

—No —dice—. No quiero nada.

Y de Loma Bonita se fue para Valle Nacional, y allí llegó otra vez El Güero. Ya no lo dejaba en paz, y el pobre tuvo que regresar a Jalapa de Díaz. . . Luego luego estaba El Güero otra vez con él, diciéndole:

—¡El dinero!

—No, ¡no quiero! ¡No quiero nada!

—Bueno ¿quieres morirte de hambre?

El hombre no se decidió, hasta que al fin se murió.

Bueno. Este Chikón no quería nada. Hay Chikones que quieren dar, pero piden a cambio.

Aquí cerquita nomás hay un tesoro, pero piden la vida de un hijo.

Este era otro señor de Jalapa de Díaz. Allí nomás en su casa había un tesoro. Y le dice El Chikón:

—¡Allí está! Te lo doy, es tuyo. ¡Pero dame un hijo!

—¡No, qué le voy a dar mi hijo! —dice el señor aquel.

Y allí está el señor. Y allí lo tiene.

Son cosas reales y muchos las desaprovechan.

19. *Lo que le sucedió a mi hermano*

También un caso que le sucedió a mi hermano. Ese se fue de aquí en la noche. Se debe haber ido como a las 6 o las 7 de la tarde. Se fue pa' Huautla un 31 de diciembre, a pasar el Año Nuevo allí.

Iba por Agua Estrella y medio se nubló por ahí. Una neblina así, muy ligera.

Seguía en su caballo. Cuando de momento le hablaron:

—Apúrate! Ahí va tu arriero adelante. Lleva 12 mulas de carga, todo para ti.

—¡Ajá! —cuenta que fue todo lo que dijo.

Entonces empezó a caminar más recio, y en eso se encuentra a uno de Santa María que venía de Huautla.

—Oiga —le pregunta—. ¿Dónde está el arriero que va delante?

—Aquí a la vueltecita —le dice—. Ahí va.

—Ah, bueno, gracias. Hasta luego.

Y más recio le picó a su caballo. Ya cuando llegó, no había nada.

Perdió por haber preguntado. Dudó.

20. *Las oportunidades perdidas*

Ocurrió aquí en la agencia de La Soledad, a un tío de Bernardo, el mocito que está en la casa. Dice que venía de Ayautla, como a las 7 de la noche. Iba llegando a su casa cuando se encuentra con un señor:

—¡Oye! —lo llama.

—¿Qué quieres?

—Ven, hombre.

—¿Qué quieres?

—Ven —le repite—. Ven.

Tenía miedo, ¿no? Pero poco a poquito se fue acercando.

—¿Qué? —pregunta.

—¡Ven, ven! —le repite el señor.

Bueno, por fin éste se animó. Se acercó y luego se metieron allí donde está la cuevita.

—Vente —le dijo—. Vamos pa' dentro. Ven, hombre.

—Bueno —aceptó el hombre. Entonces que le dice el señor:

—Cierra tus ojos.

—¡Porqué voy a cerrar mis ojos! —protestó el tío.

—¡Cierra tus ojos! —le insistió el señor.

—¡No! ¡Yo no cierro mis ojos!

—¡Yo te ordeno que los cierres! —gritó el señor.

Pues éste nomás parpadeó, y cuando se dio cuenta ya estaban adentro de la cueva.

—Mira; te traje porque te quiero dar trabajo. Vas a trabajar conmigo.

—¡No! —se negó el tío.

—Mira. Te voy a pagar bien. ¡Quédate a trabajar conmigo!

—No —se volvió a negar.

—Mira. Vas a cuidar mis chivos, mis puercos, mis perros. Bueno, todos los animales del monte que allí hay. Vas a ganar bien.

—Bueno, pues —aceptó al final—. Pero déjame ir a avisar a mi casa, si no me van a buscar.

—Ándale, pues. Ve a tu casa —concedió el señor, y agregó—: Cierra tus ojos.

Volvió a cerrar los ojos y sintió que estaba otra vez fuera de la cueva, y ya se fue entonces con su señora.

—¿Sabes qué? —le dijo—. Esto y esto me pasó. Y orita sí voy a trabajar con ese señor.

Pero cuando regresó, ya no había nada.

Esto porque lo contó. No le hubiera contado nada ni a su señora.

Este era un hombre de mucha suerte. Otra vez se le volvió a aparecer El Güero en el camino, rumbo a Ayautla.

—¡Oye! —le dijo éste—. Vamos para abajo. Yo te doy trabajo.

—Bueno —dice—. Espérame pues. Me voy a cambiar de ropa. Orita vengo.

Regresó a su casa, se cambió de ropa y le dice otra vez a su esposa:

—Me encontré un señor que me va a llevar a trabajar quién sabe dónde. Está ofreciendo buen dinero. Voy a ir con él.

Pero ya cuando llegó adonde lo había encontrado no había nada. Por estarse cambiando se le fue la suerte otra vez.

21. *Los árboles de la plata y el oro*

Esto le sucedió a un cazador de allá, de Jalapa de Díaz, que fue de cacería. El animal que iba persiguiendo entró en un hueco, y el cazador dijo: "Ya lo tengo". Entonces empezó a agrandar la entrada y se metió adentro. Pero cuál sería su sorpresa al entrar a un salón grandísimo, donde estaban los árboles del dinero: el árbol de la plata y el del oro.

Entonces el dueño de allí, del cerro, le pregunta:

—¿Qué andas haciendo?

—Nada, pues. Yo sólo ando cazando un animalito, de eso vivo —contesta amilanado el cazador.

—Pues mira —le advierte el dueño—. Has llegado hasta aquí. En adelante no me vuelves a cazar ningún animal. Pero eso sí, te voy a dar dinero, el que gustes. Llévate orita lo que puedas llevar, lo que aguantes.

—¿De veras? —exclamó maravillado el cazador.

—Sí. Pero conste que ya no vas a cazar ningún animal.

—Bueno, está bien —afirmó el cazador.

El señor este llevaba una bolsita, un morralito chico, y lo empezó a llenar de plata.

—Ya —dijo—. Bueno, esto es suficiente.

—¿Eso es todo? —le preguntó el dueño.

—¡Es todo lo que puedo llevar! —se lamentó el cazador.

—Muy bien —le instó el dueño—. Llévatelo. Otra cosa: ¡nunca jamás vuelvas! Porque el día que vuelvas, aquí te vas a quedar, ya no sales de acá. Y además no vas a contarle a nadie que viniste a este lugar.

Pues sí. El señor este vivió bien. Estuvo bien. Nada más que ya al ir muriendo contó lo que le había pasado. Pero no dijo dónde mero estaba la cosa, la cueva del Chikón, ¿no?

Igual le sucedió a otro señor, sólo que éste iba a sacar madera. Hay muchísima madera en el monte, en terrenos de Ayautla.

22. *El cazador que nomás hería a los animales.*

Pues este era un cazador. Pero llegó el tiempo en que este señor ya no lograba matar a los animales, sino nada más herirlos, hasta que en una ocasión se fue muy adentro en la montaña, y allí vio una cueva muy grande. Y él, por la curiosidad, por lo que usted guste, se metió, se adentró. Y al querer salir pues ya no encontró la salida.

Entonces se le aparece El Güero, El Chikón, y le dice:

—¿Qué andas haciendo?

—No, pues yo ando de cacería.

—¡Ah! con que eres tú el que tiene a todos mis animales heridos.

—Sí —contesta—, pues no sé qué me pasa, que ahora ya no les puedo atinar bien, se me van.

—Está bien —le dijo El Chikón—. Pero ahora te vas a quedar a curar a todos mis animales.

—Bueno —dice aquél—. Está bien.

Entonces empezó a curar a todos los animales, ¿no? Venados, temazates, jabalíes, tepezcuintles. . . Bueno, toda clase de animales de monte. Estuvo ahí curando hasta que sanaron todos los animales, y entonces le dijo al Chikón:

—Pues ora sí, ya están los animales bien. Yo me voy.

—Bueno —dice—. Pero ¿no quieres saber por qué es que a los animales no los has podido matar?

—¿Por qué?

—Sí —le dice El Chikón—, tú has guardado la dieta, pero tu compañera no.

—Pues, ¿cómo está eso?

—Mira, ¿quieres ver lo que en este momento está haciendo ella?

—Bueno, pues vamos a ver.

Lo llevó hasta donde había una mirilla, y le dijo:

—Mira, fijate. Aquella es tu casa.

—Sí —afirmó aquél—. Esa es mi casa.

—¿Quieres ver lo que está pasando adentro?

—Sí —dijo.

Y entonces vio ese señor que un amigo de él estaba con su esposa, ¿no?

—Ahí están las causas —le dijo El Chikón.

—¡No es posible! —exclamó incrédulo el cazador.

—Ah, ¿entonces crees que miento?

—¡No, no! Tampoco eso.

—¿Qué merece esa gente? —le pregunta El Chikón.

—Se están burlando de mí —reflexionó amargamente el cazador.

—De veras —dijo El Chikón.

—Sí. ¡Los mataré! —exclamó indignado el cazador.

—Muy bien —dice El Chikón—. Entonces ve y trae un carrizo. Desde aquí los vas a matar.

—Pues, sí. Bueno.

Entonces el hombre este toma el carrizo y le apunta, ¿no?

Ve que muere la esposa pero que el amigo se va. Mató nomás a la esposa.

—Pues no creo que piensen que yo la maté —dijo entonces el cazador—. Yo no estoy en mi casa, ni sé cuántos días tengo de estar acá tampoco.

—Muy bien —aprobo El Chikón—. Pues ¿quieres seguir cazando?

—Sí —dijo el cazador.

—Te doy entonces estos poderes —le concedió El Chikón—. Pero yo no quiero ningún animal herido, porque entonces te traigo acá para siempre, para que cuides mis animales.

—Hecho —agradeció el cazador.

—Ya te puedes ir —lo liberó El Chikón.

Al decirle esto, él sintió que ya estaba afuera del cerro y se fue.

Y llega a su casa, pero la encuentra cerrada. Entonces ve a sus vecinos.

—Hombre —le dicen—. ¿Qué pasó contigo? ¿De dónde vienes?

—Me fui por ahí —dice el cazador, fingiéndose inocente.

—Pero ¿dónde estabas? —preguntan.

—Pues fui por ahí, a cazar —afirma.

—Tiene cuatro días que falleció tu señora.

—¿Qué le pasó? —preguntó el cazador.

—Pues tenía señas de que le tiraron.

—¿Y quién fue? —inquirió el cazador.

—¡Pues nadie sabe aquí! —le informaron.

—¿Y qué robaron?

—No, nada —le dicen—. Tal como estaba tu casa, así está. No se llevaron nada.

Es muy delicado El Chikón. No se puede jugar con él.

Todos los días de esta semana de cuaresma son malos para ir de cacería.

II

EL ORDEN SAGRADO

1. *Los augurios de enero*

Se guarda el año por las cabañuelas: el mes de enero se toma nota de cómo se presenta desde el día primero. Si amaneció limpio, si hizo calor todo el día, o medio día, o un cuarto de día. Mi papá hacía que lo anotáramos nosotros. Según cómo se presentaba el mes de enero, así sería todo el año, y se calculaba si iba a estar bueno o pesado.

Cada día correspondía a un mes del 1o. al 12, luego del 12 al 24. Del primero al doce era por mes. Luego se regresaba, de diciembre para terminar en enero. En los otros seis días, cada medio día era un mes, y el último día se veía por horas. Había que anotar todo. Y también las fases de la luna.

2. *Las lunas propicias*

El iba también con las fases de la luna. Para doblar la milpa esperaba a que la luna estuviera llena, bien llena. En todo así, hasta para pizar, porque, por ejemplo, se pizca siempre en luna nueva o en creciente o en conjunción. Hasta la madera misma. Cuando cortaba madera para las casas, lo hacía en luna llena. Para sembrar también.

Al sembrar en luna llena todo salía bien, se obtenía un producto lleno, un bonito maíz.

Lo mismo para castrar los cochinos, caballos, ganado, cualquier animal. Así no sale mucha sangre.

3. *El lenguaje del maíz*

La milpa platica. Cuando se prepara el maíz, un grano le dice al otro: "¡Apúrate!, no te quedes atrás. ¡Tienes que salir rápido!" La que se sembró el día de hoy tiene que apurarse, para alcanzar al compañero que se sembró antes, para que así dé parejo.

Se platican: "Tenemos que trabajar juntos, para que así nos vayamos desarrollando parejos". Cuando va a espigar el maíz que es apurado, tiene que espigar también el que es atrasado.

Cuando están en el suelo, según como caigan al sembrarlos, ya sea en el hoyito o en el suelo, se dan cuenta los maíces y platican entre ellos. Entonces ya nacen medio tristes, medio así, por el piso malo. Si el lugar está medio abonado, pues así, claro, nacen gorditos, se van rápido; y los otros se atrasan.

Para eso se preparan en la plática: "Que yo tengo que ser como olote", o una cosa así, o "yo voy a tener maíz lleno, me toca lleno", esto por el piso.

Las milpas se casan, porque si en una parte en que se sembró maíz amarillo nace un moradito, tiene que pintar todo. Por más que uno escoja al tiempo de sembrar, desgrane uno y le quite el amarillo o el morado, la cosecha se levanta ya pintada, porque se casa con la milpa.

4. *Dar de comer a los mozos*

Reza el dicho que si al tiempo de sembrar la milpa no se les da de comer bien a los mozos y su estómago se queda vacío, ese maíz va a ser una mazorquita la mitad de grano y la mitad de olote.

Por esa razón se atiende bien a los mozos, para que esté lleno su estómago.

5. *Se debe guardar dieta*

Para desgranar el maíz se necesita guardar dieta.

Mi papá para esto buscaba mejor mujeres que fuesen viudas, que no tuviesen marido. Una vez terminado de desgranar les decía: "Ora sí, por favor, guardar dieta". Y lo mismo hacía el dueño del maíz. Todos tenían que guardar dieta.

Igualmente en la siembra, el dueño debe guardar dieta. ¡Con los mozos es imposible que guarden dieta! Bueno, esto es lo que él recomendaba, pues, lo que nos recomendaba a nosotros.

Una vez nos sucedió allá en Paso Novillo. Llegamos nosotros y el señor y su esposa estaban desgranando maíz, y uno de mis hermanos le dice:

—Señor, ¿le ayudamos?

—No —contestó—. Este grano es para la comida. Si se atienen a guardar dieta, sí, ¡cómo no! Muchas gracias, de todos modos.

Cuando preparaba la zafra de caña, mientras instalaba el aparato, todo así. Él y los que le ayudábamos, ¡dieta! Era creencia de él, pero esa creencia también va quedando en uno. Si uno lo toma a relajo, lo toma en broma, nunca va a hacer nada en la vida. Tenía esa costumbre al iniciar un trabajo, y también para doblar la milpa.

6. *De brujos y curanderos*

Hay tal infinidad de cosas que a veces entra miedo. Francamente, sí, entra miedo por los curanderos, esos que hacen maldad. . . Si a fulano le están haciendo, un día nos la van a hacer a nosotros, ¿no? No se puede divulgar nada, sino que tiene que ser en silencio, en secreto. ¡Silencioso y en secreto! Yo no sabía eso, a pesar de tantos años que he estado aquí en Huautla. Cada pueblo tiene su sistema de curandero, su modo de trabajar. Yo no sé cómo trabajan en Soyaltepec. Es diferente, creo. Fíjese que en Ayautla es muy bonito, porque trabajan de noche. Empiezan de noche a hacer la curación, lo que es la pura curación, sin hongos ni nada. Ponen la mesa, dejan allí todo el presente, también lo que va a ganar el curandero. Se le pregunta cuánto. —Lo que sea su voluntad— contesta él, y se lo pone en la mesa. Uno a veces le dice:

Para estar más conforme prefiero que me digas cuánto, pues así no estaré pensando si te di de más o de menos. Entonces él le dice 20, 30 ó 50 pesos. Si tiene voluntad, le deja uno de 100. Pero todo eso debe estar en la mesa, junto con la ofrenda. Si son tres pollos, allí tienen que estar los pollos, su maicito, su sal, su chiltepe. Que es el polvo de café. Todo tiene que estar en la mesa, pero eso es para el curandero, él se lo lleva. Aparte va lo que se le ofrenda al Chikón: huevos, cacao, plumas, bueno, el preparativo que se le hace. Al curandero se le da, digamos, un kilo de maíz, un kilo de frijol, medio kilo de sal, un kilo de chiltepe, bueno, un kilo de cada cosa.

En Ayautla se ponen los huevos envueltos en hoja de maíz, y cada uno adornado con una pluma. Esa es costumbre allí, porque acá en Huautla lo que se ocupa para envolver es un pergamino. . . no sé cómo se llama, sí,

¡papel de amate! Ese es el que ocupan aquí. Porque la hoja de maíz es la costumbre de Ayautla, y papel de estraza cuando no hay hoja de maíz. Le ponen carrujitos con aguardiente. Eso es también para ofrendarle a El Güero. La ofrenda se pone hacia el oriente. Hacia allí tiene que estar mirando el curandero: hacia donde nace el sol. Porque dicen que si mira hacia el poniente es para hacer maldad.

Para hacer maldad pues es casi el mismo sistema, pero ora sí hay que mencionar al demonio y los muertos, y la ofrenda se hace en nombre de la persona a quien se quiere perjudicar. Principalmente ocupan una ropa de ella, o una fotografía.

Ahora un curandero que es curandero, nunca se mete a hacer maldad. Porque el que se dedica a las dos cosas y quiere hacer una curación ya no se lo aceptan, o sea que ya está manchado, ya no reciben toda la ofrenda que él hace, porque ya ha hecho cosas malas. Así que no se puede ocupar a un curandero que ya se da uno cuenta que se dedica a la maldad. También hay que tener fe, porque si no hay fe. . .

7. *Los hongos*

Ahora, cuando se come los hongos es muy curioso, porque bajo sus efectos se pierden los rencores, el egoísmo, y se vive en otro plan, en otra dimensión. Se siente amor ante todo.

Aquí, en Huautla, no se puede ya tomar los hongos. Como se habla fuerte pasa la gente y oye. Se para entonces a escuchar y a ver al que toma los hongos. El curioso puede empujar la puerta, o tocar, y el que toma los hongos se trastorna, se puede quedar en el viaje. Y si a la casa en que estamos haciendo una curación llegan visitas, uno no sabe qué hacer. Es que en las dietas no se debe dar ni tomar nada. Si el que llega ha tenido, por ejemplo, contacto sexual, mancha aquello, y ya no es recibida la ofrenda.

No recae nada sobre el visitante, pero el enfermo se agrava, se echa a perder todo.

Muy pocos dicen esta costumbre, porque no se debe decir. Es asunto muy delicado.

Al que trabaja derecho y de veras sabe, no le gusta que lo anden comentando: "Aunque te pregunten, tú diles que no sabes nada y que no conoces a nadie", aconsejan.

Pero a veces hay casos especiales, como el de usted. Vaya, tenemos alguna confianza. ¿Cómo que no? Entonces se puede hablar, se le dice.

Es muy difícil con los curanderos. Ellos guardan el secreto. Lo esconden.

8. *Una curación que me hicieron*

...Pues mire, ahora le voy a contar lo que me pasó a mí de una enfermedad. Tenía yo como unos 11 años, y me estaba quedando entumido, paralizado. Pero ya las curaciones caseras, las costumbres de nuestro pueblo, estaban agotadas, pues ya no había remedio. Entonces un trabajador de allí de la finca preguntó qué era lo que me pasaba, qué era lo que tenía yo. Entonces le dijeron que estaba enfermo, que ya no había curación para mí.

Entonces él ofreció:

—Yo tengo una tía que es curandera. Si ustedes gustan, la voy a traer. La señora es de Cuyamecalco.

Entonces mi papá dijo:

—Si tú la conoces, haz el favor de ir a traerla.

Y salió temprano el señor para Cuyamecalco. Regresó al otro día, como a eso de las 11 de la mañana, y presentó a la señora, la hizo descansar un rato. Por la noche dice la señora:

—Ahora sí, lo voy a curar, y pidió ramas de saúco y un blanquillo.

Ya le trajeron todo aquello. Allí estaba toda la familia. La señora explicó antes:

—Lo voy a limpiar con estas hojas, y verán que después de limpiarlo, van a quedar todas marchitas. Luego le voy a soplar un poco de agua. Si una rama vuelve a tomar vida, este muchacha se salva; si no, no hay remedio.

Agarró la señora y empezó a limpiar, a limpiar, a limpiar, y sí, efectivamente, todas las hojas quedaron marchitas. Estaba yo viendo, oyendo. ¡Híjole, ahora sí! Ya terminó la señora y pidió un vaso de agua. Agarró las hojas y las puso, les dio un soplando diciendo:

—¡Dios mío, que se enderece una ramita!

La señora tomó otro sorbo de agua y volvió a soplar. Se veía una ramita como que quería enderezarse y que no. Le dio otro soplido de agua. Fueron tres soplidos, y entonces ya vi que se enderezó una. ¡Gracias, Dios mío! ¡Viva! ¡Yo quería vivir!

Ya dice la señora:

—Hemos ganado. ¡Ya no pasa nada! ¡Va a sanar el muchacho!

Para empezar pidió unas hojas de plátano, unas brasas para quemar copal y empezó a chupar, sacando cosas ahora sí increíbles. Nadie lo creería. Alfileres, pero así un montón de alfileres; agujas, esas agujas de arria para coser los bultos; plumas de guajolote, plumas de zopilote, chiltepe, maíz, bueno, ¡todo!

Según eso, era el mal que yo tenía: maldad que me estaban haciendo.

Así empezó la señora a chupar, a chupar, aquí en las rodillas, en las coyunturas. De allí, pues, me sacaba las agujas, ¡pero eran unas agujas así! “Pues ora vivo, pues sí”, me dije.

Era realidad, no era cuento, porque hay muchos que sí engañan, pero la señora esa no. Y sacaba así montones de agujas, de alfileres, de agujas de arria, picante, y las plumas, así enteras, de guajolote y de zopilote.

La señora de Cuyamecalco dijo: “Pues hasta orita esto nada más. Mañana, antes de irme, le chuparé otro poco”.

Pues al otro día amanecí mejor, porque ya no me podía mover. Y para ir al baño me tenían que cargar, ya de plano no podía caminar. La curandera me volvió a chupar. Pero ya fue menos, y menos lo que extrajo de mi cuerpo. Entonces dice ella: “A este muchacho lo curé. Ahora, si tienen ustedes otra manera de curarlo, ya lo pueden hacer. Lo que me toca a mí, ya quedó”.

Me curó. Ya me estaba quedando como paralítico. Ya las piernas no me obedecían. Las sentía tiesas, pesadas.

Era un daño. Era una maldad la que me estaban haciendo.

La señora ya murió; me han contado que un hijo suyo heredó la piedra, y que sigue curando.

En Cuyamecalco hablan el cuicateco.

9. *El relato de la curandera*

Entonces mi papá le preguntó:

—Usted, ¿cómo aprendió? ¿Y dónde?

—Mire, señor, le dice ella —mi esposo era curandero también. Entonces a nosotros nos llamaron a Huautla, y en el traslado de Cuyamecalco a Huautla nos agarró la noche por ahí de Cueva del Burro, por ahí de San Juan Coatzacoapan, en lo que era el antiguo camino de herradura. Nos quedamos allí, en la cueva, y como a eso de las 12 de la noche me desperté y vi un bulto que estaba parado y le dije a mi esposo: ¡Despierta! ¡despierta! ¡hay alguien aquí! Pero estaba dormido como una piedra y no despertó. Ya por fin el bulto aquel me habló: ‘Mira, no tengas miedo’, me dijo. ‘¿A dónde van?’ ‘Vamos a Huautla’, contesté. ‘¿Y a qué van a Huautla?’ ‘Pues mi esposo es curandero, y nos mandaron llamar para curar allá algunas personas’. ‘¿Y tú no quieres aprender? Yo soy el dueño de este lugar en que están orita, y te puedo dar ese poder si tú quieres aprender’. ‘¿Y cómo le haré para aprender?’, pregunté. ‘Bueno, yo te doy ahora ese poder. ¿Lo quieres?’ ‘Sí’, dije, ‘pero ¿qué condiciones hay? ¿Qué es lo que debo hacer?’ ‘La cosa es que poco a poquito te vayas distanciando de tu esposo, nada más. Así buenamente, poco a poco. Tienes que dejarlo’. ‘Bueno, pero ¿él no se va a enojar?’, pregunté. ‘No, no. Él no va a decir nada’. Bueno, está bien’, afirmé. Pero otra cosa me advirtió: ‘No vas a cobrar tampoco por las curaciones, sino que aceptarás lo que sea la voluntad del enfermo, porque si tú pones una cuota, entonces yo te quito el poder’. ‘Bueno’, acepté, ‘está bien. Sí, quiero aprender’. Entonces ya el señor ese me dio una piedra, diciendo: ‘Toma esta piedra. Nomás le hablas a esta piedra todo lo que tú quieras curar.

Ahora si vas a hacer maldad, yo no te lo permitiré. Sólo vas a curar'. 'Muy bien, bueno, está bien', dije yo. Y ya, así es como aprendí a curar."

Y sí: poco a poquito fue distanciándose de su señor, hasta dejarle.

10. *No apedrear al zopilote*

Cuando tiene un matrimonio puras hijas mujeres, seguro que el hombre le ha apedreado al zopilote cuando era chico. Cuando quien ha apedreado al zopilote es una mujer, entonces tiene puros hombres.

11. *La muchacha que lloró antes de nacer*

Estaba una señora en estado, tenía como 8 meses y medio, y entonces de pronto se puso mala y llamaron a la comadre para acomodar a la criatura, como manda nuestra costumbre; casi en toda la región mazateca es así. La familia tomaba su cafecito y la enferma estaba acostada cuando de repente oyeron el llanto de una criatura, pero así, así, haga de cuenta que ya había nacido, ¡pero el llanto fue en las entrañas de la mamá! El papá se sorprendió:

—¡No puede ser! —decía—. Le falta todavía.

Y entonces la partera pues se sorprendió también, quizá nunca le había tocado un caso así. Y la viejita estuvo platicando a la gente: “Pasó esto, pasó esto otro”, a cualquiera que le preguntaba. Y al señor, al papá, también le preguntaban:

—¡Oye! ¿es cierto que pasó esto?

—No, pues. ¿Quién te dijo? —negaba él.

—La partera —le afirmaban.

Y no tenía más remedio que aceptar:

—Pues sí, fíjate mano lo que pasó.

—¿Qué será?

—¡Quién sabe!

Y así, así. Después nació la criatura bien y todo. Hace poco se casó. Últimamente la vieron unos espiritistas, y les dijeron a sus papás:

—No. Ustedes se hubieran callado, no hubieran dicho nada. Esa muchacha iba a tener don. ¡Pero nunca se dice!

—No lo dije —se defendió el padre—. Fue la partera.

—Pero ustedes lo hubieran negado.

—Bueno. Si yo lo negaba le quitaba el pan de cada día a la pobre partera. La iban a tomar de chismosa... Bueno, ni modo, ya pasó.

Y que sí, a esta muchacha le vienen sueños. Se duerme en un sueño profundo, y aunque la muevan y la traten de despertar no despierta hasta que sola se recobra. Y lo que ve en el momento en que le viene ese sueño se lo dice a su papá:

—Esto va a pasar.

—¡No! —dice éste—, ¡cállate!

—No, esto va a pasar.

—¿Por qué lo dices?

—Lo acabo de ver.

—¡No! Mentira. No pasa nada.

Y sí, el papá ya comprobó que es cierto que lo que sueña su hija se realiza.

12. *Los vaticinios de un curador de Tenango*

Cuando mi papá empezó a viajar, a vender, también llevaba aguardiente. Así empezó, y llegó el tiempo en que un hermano mayor estuvo trabajando con él. Entonces lo mandaba a Jalapa, a Ojitlán, a Ixcatlán. Llevaba aguardiente para vender. En una ocasión llegó un curador de Tenango, tomó los honguitos (estaba mi papá presente, y también mi tío y la familia) y le dijo a mi papá que con el tiempo iba a comprar una finca. Dijo mi papá:

—¿Cómo? ¡Si no tengo dinero!

—Pues sí —le confirmó el curador—. ¡La finca aquí está!

Mi papá lo tomó por guasa. Y le dijo después este hombre a mi tío:

—Y usted va a tener ganado. Mire, ¡qué potrero tan grande!

Y mi tío lo tomó también por guasa.

Y así siguieron trabajando. Poco tiempo después llegaron unos enviados, los que iban ofreciendo la finca.* Pasaron a ver a mi papá.

—Señor —le dijeron—, venimos con esta comisión, enviados por el gobierno del estado.

—Muy bien —dijo mi papá—. Pero antes mejor vayan a ver al presidente de Ayautla y alguna otra persona que se interese. Si no hay nadie que se interese, entonces pasen a verme a mí, y lo arreglamos si me alcanza el dinero, ¿no?

Y así hicieron: Fueron a Ayautla, fueron a ver al presidente. Estos señores llegaron a la presidencia preguntando por el presidente municipal. Estaban los policías afuera, los topiles, ¿no?

* La finca abandonada de Cafetal Carlota.

Pues cuando vieron que iba llegando un señor desconocido, el presidente se tiró por la ventana y corrió. Fueron a ver después a don Eduardo, le dijeron:

—Somos enviados del gobierno y venimos a ofrecer en venta la Finca Carlota.

—¡Por mí la pueden vender! ¡No me interesa! —les dijo él.

—Bueno.

Se regresaron estos hombres, pero sin pasar a ver a mi papá. Él había puesto a una persona en el camino para que estuviera viendo.

Esos se vinieron derecho a avisarle.

—¡Orita los voy a alcanzar! —dijo mi papá.

Agarró su caballo y los alcanzó por acá, por Piedra Ancha.

—Señores —les dijo—, ¿qué pasó?

Y le contestaron:

—El presidente corrió, y el otro señor no se interesa.

—Bueno —les dijo—. Yo les pedí que si nadie se interesaba pasaran a verme. Así que ¿qué? Ahora yo les estaba esperando. Les preparé comida y todo. ¿Me van a dejar plantado con la comida?

Tuvieron que regresar otra vez a la casa, en el rancho viejo, el primer ranchito que tuvo mi papá. Estuvieron platicando, y por fin hicieron el trato.

Y le dijo después su hermano:

—Va saliendo lo que nos dijo el curador. Bueno, lo tuyo salió. Ahora falta lo mío, a ver si es cierto.

Y sí, también mi tío al poco tiempo compró ganado. Se hizo ganadero, como le dijo el curador en el rancho viejo.

Venía creo de la finca para acá, cuando se encontró una flor de carrizo. Y de allí comenzó a prosperar. Cuando vio la flor de carrizo pensó: “Esto ha de ser mi suerte”, y entonces él empezó a florecer en sus negocios.

Es una flor como verdecita, casi blanca.

La yerbabuena florece para el 24 de junio. El otate también florece en ese tiempo.

La persona que ve la flor de yerbabuena va a tener suerte en los negocios. Nosotros tenemos esa creencia porque ya nos sucedió: no nos floreció la yerbabuena sino el malangar, el “camote americano” que le dicen.

Todo el malangar floreció. Está muy raro que florezca el malangar.

Don Carlos le dijo:

—Guarda las flores, es tu suerte.

Nunca florece ese malangar. Otros malangares florecen, pero no el “americano”.

13. *Signos de mal agüero*

Lo del tecolote también se cree. Cuando viene a gritar cerca de la casa es que alguien va a fallecer.

Esto que le voy a contar me pasó con un mocito. Fuimos a trabajar.

—Te subes al árbol —le digo.

—Sí —contesta.

Era muy decidido el muchacho, ¿no?

Bueno, ya se subió. Empezó a cortar las ramas.

En eso llegó un señor que venía a verme por cuestión de linderos, y ya me fui con él. Cuando regresé, el otro estaba todavía cortando las ramas.

—Oye —le digo— ¡amárrate!

—¡No! —dice—, ¡qué me voy a amarrar yo!

—Amárrate —le digo—. Una de malas te vayas a venir abajo y yo qué hago. ¡Amárrate!

—Bueno, pues —contestó de mala gana.

Se amarró una reata, con grosería, ¿no?

Cortó la rama y al caer él dio un hachazo en falso y se quedó atorado con otra rama. Bueno, él estaba allá arriba maldiciendo al árbol.

—Deja ya de estar hablando tantas cosas —le digo.

Pero él seguía. Cuando en eso se viene la rama para abajo.

Nos espantamos todos los que estábamos allí.

Y aquél, allá arriba.

—¿Qué tienes? —le grité.

Bueno, por la desesperación de subir al árbol para ayudar al otro, mi sobrino no podía tampoco. Con los brazos lo empujé. Ya llamo a otro.

—¡Súbete! —le digo.

Pero este otro por la desesperación nomás se resba-

laba. Entonces que lo agarro y lo echo para arriba también. Ya al fin pudimos bajar al accidentado. Le amarramos y lo bajamos.

—Ay, ay —nomás decía.

—¿Dónde te pegaste? ¿dónde te duele? —le preguntaban.

—¡No! llévame a la capilla, yo quiero morir donde está la Virgen —dice.

—No te pasa nada —le digo.

Mandé traer un costal para hacerle su camilla, y lo llevamos a la casa. Le dimos unas pastillas para el dolor. Se le había rajado el cuero nada más. Ya mandé traer a la doctora, que está en Ayautla. Llegó y le cosió. Al rato reaccionó.

—¡Bendito sea Dios —digo—, que no fue nada grave!

Ya empieza a platicar. Dice:

—¡Bendito tecolote! ¡Dos noches ha venido a mi casa a gritar! Dos noches. Ya salía yo a corretearlo a pedradas, pero regresaba. . . ¡Qué me iba a imaginar que me iba a suceder esto!

Y también contó que dos noches antes había soñado que estando allí en su casita llegó El Güero, un altote que le dijo:

—No vas a decir nada de lo que viste. Fíjate en ese árbol. Allí acabo de colgar a uno. Allí está colgado, ya muerto. Tú te diste cuenta pero no vayas a contarlo a nadie, porque si lo cuentas yo vengo por ti también. Ven para que veas que no te estoy mintiendo.

—Y sí. Allí donde él me señaló —siguió contando—, está un árbol grande: un amate. Está grandísimo el árbol. Me levanté de la cama y fui a ver el árbol, y sí, allí estaba colgado un hombre.

—¡Tú eras, mano! —le digo—. Tú eras el que estaba colgado. Ya ves cómo con la reata te bajamos.

Si no hubiera estado amarrado, el árbol le pateaba y lo avienta, y es pura peñascalera allí.

—¡No! el tecolote es malísimo.

Y también el olor a zorrillo.

El olor a zorrillo lo tenemos muy visto nosotros. Cuando murió mi papá, serían cerca de las 12 de la noche, sentí ese olor, pero era aquí nada más.

—Oye —le digo a Manuel—, prende un cigarro porque el olor no se va.

Y el olor estuvo aquí. Al otro día vino mi hermana a decir que mi papá ya había fallecido.

Lo mismo cuando murió mi suegro, se volcó una cubeta llena de agua boca abajo. Es mala suerte.

14. *Los sueños*

También los sueños. Esos sí me surgen a mí en algunas ocasiones. Cuando en 1953 estuve trabajando en Santa María, el aviador Salvador Dosamantes aterrizaba ahí en San Andrés todos los días. Pero en una ocasión en mi sueño vi que su avión iba tambaleándose por causa de la fuerza del aire que hay en el espacio. Estaba yo viendo. Me daba lástima. Estaba volteado, hacía todo el sacrificio, la fuerza de controlarse, pero no podía. Más al ratito ví que cayó en donde mero está la cruz de la iglesia, enfrente de la puerta de la iglesia. Pero ya no era avión, sino un pajarito.

Cayó allí, pero muerto. Era un pajarito, no la avioneta, no el aviador. Cayó a un lado de la cruz. Fue la primera vez. Y la segunda volví a soñar que otra vez pasaba lo mismo. Venía la avioneta de Tehuacán, ¿no?, para San Andrés, pero no podía aterrizar. Lo mismo, tal como la primera vez. Y ya después cayó la máquina, se deshizo en el aire y cayó por todos lados, regándose los restos como papel, exactamente donde está el árbol.

Tres veces lo soñé. A la tercera vez, efectivamente, se estrelló la avioneta.

Si vemos en sueños que va a haber una procesión a Jesucristo, es que muere alguna persona, un hombre ya mayor. Y si sueño que a la Virgen le hacen la procesión, así con su letanía y con los maestros cantores, es que va a morir alguien. Estos sí me han salido reales; seguro que alguien se muere.

15. *El lugar de trabajo es sagrado*

Un señor tenía su cañita y sacaba panela, y su esposa siempre le llevaba de comer.

Un día llegó la señora con la comida, y entonces el señor que sintió ganas de aquello ¿verdad?, al ver a su esposa ahí en su trabajo. Y ella decía que no, que cómo iba a hacer esas cosas en el trabajo, y sobre todo cuando ya estaba la cuela de la panela hirviendo, y él ahí moviendo. Pues el señor dijo que no, que él tenía grandes deseos de hacer este contacto con ella ahí, en ese lugar, pues por fin la convenció.

Era en la casa de trabajo donde estaba haciendo la panela, y éste empezó, ¿no? Pasó, ya pasó. Pero a los cuatro días el señor este se enfermó. Muchos curanderos lo estuvieron viendo para curarlo, pero nadie, ora sí que nadie, era efectivo. Hasta que encontró a otro que le aconsejó: “Lo que necesitas es tomarte los honguitos, para que veas qué es lo que realmente te pasó”.

Pero para esto ya habían transcurrido más de dos o tres años que el señor estaba enfermo. Y sí, dice que tomó los hongos, y ahí vio que en ese momento, cuando él hizo contacto con su esposa, estaban los chikones comiendo. Eso fue lo que les ofendió, y entonces ellos ganaron el espíritu de este hombre. Estaban enojados porque éste les había ensuciado la comida. Pues ya no hubo remedio para él, se murió. Ya había pasado mucho tiempo, por eso no había remedio. Así que por eso es malo tener relaciones en el campo.

Si otras personas lo ven, entonces van al lugar donde usted tuvo esas relaciones a pegarle con una vara, a echar piedras o poner una cruz. Entonces ya el mal recae sobre uno, sobre el hombre que lo hizo, ya que el mal no recae

sobre la mujer. Y es por eso que casi nadie hace cosas en el campo.

Pues el mal viene de que a veces uno se encanta en el lugar, o se puede decir que los Chikones engendran en el hombre aquel mal, y éste empieza a hincharse y a dejar de comer. Los síntomas son cuando uno pierde el apetito. Luego tiene sueño, ya uno no quiere hacer nada. Y claro, si uno no cree en las curaciones, entonces se muere.

Dentro de la casa sí. Precisamente por esto se hacen los presentes o se bendice la casa, para evitarse todas esas cosas malas. Pero en el trabajo, como usted sabe, es grave. El trabajo es sagrado, sí. Aunque ese lugar estuviera también bendecido, de todos modos es malo, porque el negocio es sagrado, porque de allí viene el pan de cada día.

16. *Cuando se construye una casa*

Cuando se construye una casa "se paga". Es la costumbre en la sierra mazateca.

Hay muchas formas de "pagar"; cada quien tiene su costumbre. Vamos a suponer que en cada esquina unos ponen cacao, y otros ponen tabaco, pisiате o moneditas. Bueno, muchos tienen sus creencias, porque dicen que poner el sampetro, o sea el pisiате, siempre es un poquito más delicado, y que es mejor poner cacao o monedas.

El sampetro es más delicado, porque ya ve que cuando hacen las curaciones a alguien que está encantado o algo así, ocupan el sampetro. Van donde fue encantada la persona y depositan allí la ofrenda con sampetro, y el sampetro hace explosión en la tierra, o sea que acaba con la ciudad de los dueños, de los Güeros, pues. Así se desencantan las personas, y por eso es que al tabaco poco lo dejan para la construcción. Mejor cacao, o moneditas en cada esquina. Enmedio, nada.

O sea, como quien dice, estamos marcando los cuatro puntos cardinales. Mi papá acostumbraba a poner monedas al levantar los cimientos. Los chamacos ya no siguen la costumbre.

17. *Los sitios sagrados*

Anteriormente se respetaba mucho una peña cuando era grande, pues era de seguro una cueva de los duendes. También se respetaba a los pozos. Nadie podía traer agua de él sin bendecirlo. Tenía que persignarse primero y agarrar luego el agua. Así era anteriormente, en tiempos muy respetuosos. Pero ya no es así. Mucha gente orita hasta quiere meterse al pozo para ensuciarlo, ¿no?

Pero anteriormente no. Agarraban con todo respeto el agua y la bendecían, porque da la vida. Orita nosotros le hemos contagiado muchos microbios al pozo, agarramos con la mano el agua. El agua está viva, y claro, allí pueden nacer y reproducirse los animales. Por eso tienen razón algunos médicos cuando dicen que al agua hay que protegerla mucho. Ahora la gente mete los pies en ella y se lava; ya no le importa que corra sucia.

Hay gentes que van a sentarse en una peña, sin importarles que sea milagrosa. Hasta duermen allí. Les importa poco. Pero anteriormente nadie se acercaba a una peña, nomás cuando estaba lloviendo, para cubrirse.

Anteriormente no pasaban sin persignarse frente a ellas. Y es cierto: uno se duerme nomás un rato y vienen los duendes.

18. *El hueledenoche*

Este señor cortó de allí tres matas de hueledenoche. Ya por el camino venía y se encontró con una señora. Pues él le habló, ¿no?, diciéndole:

—Quiero esto contigo.

—Sí, cómo no —dijo ella.

Fácil la señora, ¿no? Rápido dejó su bolsita de hueledenoche y ya hizo lo que él quería, abusó de la señora.

Pero en eso ya llegó a su casa. Entregó las hojas a su esposa, comió luego, y como a los 15 días fue a su milpa.

Y llega otra vez y ve nuevamente el hueledenoche, pero así, como si nadie hubiera cortado nada. Y va este señor a cortar el hueledenoche, y le sale una víbora de allí. Y el señor da un brinco, ¿no? Se espantó, no le hizo nada la víbora, nomás espantarlo.

Va a la otra mata, e igual, le sale otra víbora. Y va a otra mata, y lo mismo. De las tres matas le salieron víboras. Pues este señor se espantó. Pero en eso se le aparece una mujer y le dice:

—Tú esto y esto hiciste la primera vez que viniste.

—Pero ¿tú cómo sabes? —dijo lleno de miedo el señor.

—Hiciste esto. ¿sí o no?

—Pues sí.

—Tú solo te buscaste el mal —prosiguió la mujer—. Y ora para que te cures tienes que venir acá, pero en la noche. Vas a conseguir hojitas de pastora y vas a venir acá al monte a tomarlas por primera vez. Y además, tienes que luchar con las víboras.

Bueno, el señor ya se vino. Se vino muy triste. “¡Es puro cuento!” se dijo. “Yo no creo”. Pero sí se dio cuenta el hombre de que ya estaba encantado, ya nomás era puro dormir, ya no tenía apetito, ya nada pues. “Voy a hacer

lo que me dijeron", tuvo que admitir.

Entonces fue a buscar las hojas de pastora, y a la noche se fue al monte. Tenía mucho miedo, pero ni modo, tenía que hacer lo indicado por la mujer. Ya llegó allí. Se sentó. Empezó a tomar las hojitas, a comer solitito.

Ya pasó el efecto. Encuentra la primera víbora que sale. Allí estuvo luchando con la primera víbora, la mató. Luego la segunda y la tercera, mató las tres víboras.

Y ya como quien dice, había pasado lo peor. Aparte de eso tenía que tomar otras tres noches en su casa las hojas. Y así lo hizo, y se compuso.

Se encantó porque el hueledenoché, como es de comer, es sagrado, y delante de él este hombre abusó de la mujer. Eso fue lo que le hizo daño. Pero se compuso, sanó.

Esto sucedió en Ayautla, a un señor de ahí. Él mismo me lo platicó.

19. *El egoísmo es malo*

Esto también pasó en la finca. Hay allí nanacates, de esos blancos.

Se fue un señor y trajo un morralito de nanacate. Lo prepararon, lo estaban comiendo ya cuando vieron que venía una tía de ellos.

—Oye, esconde tu plato, ¡escóndelo! Ahí viene la tía —dijo el hombre.

La mujer agarró su plato, lo metió bajo el metate y lo tapó. Tapó también la cazuela.

—Ah —dice la visita—. ¿Qué están haciendo? ¿Están comiendo?

—Sí, pero ya terminamos. Pásale —le contestaron.

—No, no. Terminen con calma. Orita vuelvo, no hay cuidado.

—Pásale, pásale, que ya acabamos nosotros de comer.

—No, orita regreso —dijo y se marchó.

—Ya se fue, vamos a seguir comiendo —dijo el hombre.

Jala entonces su plato, lo destapa y ¡puro gusano nomás tenía! Y van a la cazuela: puro gusano también.

Y que dice el señor:

—Le hubiéramos dado un taquito y se acabó. . . Ahora, mira. Puro gusano. El egoísmo es malo.

20. *El antojo de un niño*

Otro caso sobre comida que me platicó también mi papá, y que él vio.

Llegó a su finca a trabajar, y ya a la hora de comer les dice a los mozos:

—Muchachos, siéntense. Vamos a comer.

Y pues cada quien sacó su itacate, como se acostumbra en el campo, y se sentaron. Pero uno de ellos dijo:

—Orita vengo.

Y se fue. Ya cuando regresó traía un manojito de hueledenoche.

Otro de los mocitos llevaba a su hijo, un niño. Entonces al niño se le antojó lo que estaba comiendo el otro. Y le dijo a su papá:

—Papá, dile a aquel señor que me dé una ramita de lo que está comiendo.

—¡Cállate! —le regañó el papá—. Come de lo que te dimos.

Pero el niño le vuelve a decir:

—Mira qué sabroso está comiendo el señor. Pídele una ramita para mí.

—Contigo da vergüenza —le dice el señor.

—¡Papá, por favor! ¡Pídele una ramita!

—Bueno —dice el señor—. Espérate. Te voy a traer.

—¡No! —dice—. Yo quiero de la que está comiendo el señor. Papá, por favor.

—Mira, ya párale. Deja de molestar.

Bueno, el papá, por vergüenza, no le pidió al otro para darle a su hijo.

Pues ya. Acabaron de comer y siguieron trabajando. Llegó la hora de irse, y cada quien tomó para su casa. Y llegando el niño a su casa empezó con un dolor muy fuerte.

Entonces le dice a su papá:

—¡Papá! Ahora sí me voy a morir.

—¡Estás loco, cállate! —le contestó el papá.

—Pero esto es por culpa tuya —lo acusó el niño.

—¿Por qué por mi culpa?

—Sí —dice—. Porque tú no le pediste al señor aquel que estaba comiendo el quelite, y yo orita voy a morir de ese antojo.

Y se murió el niño. Ya ve, nomás por la vergüenza que tuvo su papá.

21. *El castigo a la mezquindad*

También de Jalapa de Díaz es este caso que me platicó mi mamá.

Un señor fue a pescar y trajo bastante pescado a su casa.

—Ten. Prepara el pescado —le dijo a su mujer.

—Sí. Está bien.

En eso llegó una vecina y le dijo:

—Véndeme un pescado.

—No —mintió la señora—. Ahora no ha encontrado mi marido. ¡No tenemos nada! Fue al río a pescar, pero no encontró nada.

—Dispéñeme, pues —dijo la vecina—. No quería molestar.

—No te preocupes. Pa' la próxima a ver si encuentras.

Y es que esta señora se había dado cuenta de que el señor traía pescado. Se fue entonces a su casa.

Y ya la señora habló a su esposo:

—Ven a cenar. Ya está listo el pescado.

—Oye, ¿para qué vino fulana? —preguntó el marido.

—Quería pescado.

—¿Le vendiste?

—No. Le dije que no encontraste.

—No, mujer —le reprochó—. Le hubieras vendido. No está bien que hagas eso. La gente se da cuenta de lo que uno trae. Aunque sea un poquito le hubieras vendido. ¡Ya ni modo! Pa' la próxima.

—Vente —dice la mujer—. Voy a servirte la comida.

Se sentaron los dos. Ya iban destapando la cazuela del pescado, y ¡sorpresa! ¡Era puro gusano aquello! ¡Se volvió gusano por el egoísmo de la señora!

Así pasó.

22. *Cuando se enferma un animal*

Cuando se enferma un animal es preferible que se muera y no curarlo, porque el animal lleva todo el mal que le desean a la familia, agarra el mal aire.

El tigrillo que tenía Manuel tomó los malos aires que le mandan a éste los que le envidian su negocio de café.

23. *Las bolas de fuego*

A las bolas de fuego que salen de los cerros les dicen *chu'cundi* o *yu'cundi*. Señalan que hay tesoros enterrados. Son como una bola de luz. Pasan rapidísimo.

24. *El santo patrono de Ayautla*

A San Bartolomé, santo patrono de Ayautla, lo encontraron en donde nace el río Uruapa. Es un santo muy milagroso, de madera.

Cuentan que cuando decidieron fundar el pueblo iban a hacerlo cerca de la finca Cafetal Carlota.

Llevaron el santo, pero éste se dirigía al lugar donde ahora se encuentra el pueblo. Sucedió así varias veces, hasta que dijeron los viejos: "Este quiere que el pueblo se funde en el otro lugar, no aquí". Y se lo llevaron y fundaron el pueblo donde está ahora.

Una vez llegó un cura y les dijo: "Es un santo de madera como cualquier otro. Qué milagroso ni qué nada. Van a ver si es milagroso o no". Agarró entonces un martillo, le dio un martillazo en la espalda y lo rompió. Vio que adentro tenía una palma.

Entonces dijo el cura: "Este santo sí que es milagroso, cómo no".

Pero luego se vino una avalancha y arrasó el pueblo. El cura se trasladó a Huautla, pero en el camino se cayó y perdió un brazo y una pierna.

III

VISIONES Y MUTACIONES

1. *El armadillo que se volvió víbora*

Este era un señor que iba a cazar mucho armadillo. Estaba viejito ya el señor, pero como guardaba bien la dieta, cazaba y vendía el armadillo.

No ocupaba ni perro ni nada. Iba y derechito hacia donde había armadillo, el canijo.

Llegó y vio el armadillo pues, pero éste se metió en su cueva. Entonces a él se le hizo fácil meter la mano. ¡Cuál armadillo! Era una coralillo que le dio un piquete en un dedo. Nomás que le dio el piquete y se fue corriendo a su casa. Luego la señora llega con mi papá, y le dice angustiada:

—¡Su compadre ya mero se muere!

—¿Qué tiene?

—Le picó una víbora.

—¿Qué víbora le picó?

—No sabe. Empieza a echar sangre por la nariz.

—¡Hijo! —me llamó mi papá.

Pero en eso llegó otra persona y mi papá agarró una botella vacía de cerveza y le dijo:

—Ven aquí. . . Ten esta botella. . . ¡Orina!

—No tengo ganas, señor —contestó el otro.

—¡Tú haz lo que te estoy diciendo! —le regañó.

—Señor, no tengo ganas —decía el visitante.

—¡No sé! Tú lo haces, pero ya rápido —le ordenó muy enojado.

Éste se espantó.

—¿Por qué? —preguntó.

A duras penas trato de orinar. . . una copita a lo más.

—Ora sí. Llévselo. Que lo beba rápido —dijo mi papá a la señora.

Se lo tomó. Ya estaba allí dando las últimas, y ¡santo remedio!

A la orina le ponía otros ingredientes.

Ahí está este señor, vivo hasta orita.

Y santo remedio también para su modo de cazar, porque ahora ya no va de cacería.

2. *El cazador de palomas*

Esto que le voy a contar es verídico también, porque le sucedió a un amigo mío, en Jalapa de Díaz.

Pues a este hombre le gustaba ir a cazar palomas. Todas las mañanas salía a cazarlas. Y esa vez mató muchas palomas y las traía en una bolsa, en un morral como le dicen acá. Y al llegar a su casa le dice a su familia:

—Pues yo traigo esto.

Entonces, al vaciar la bolsa, una de las palomas muertas voló, voló, y para éste fue el santo remedio: ¡Jamás y nunca volvió!

Pues ¿quién sabe que fue eso? Él dice: “No sé, ¡yo las maté a todas! Pero una de ellas voló”.

Ora sí que deveras es extraño, ¿no? Es muy difícil saber de qué se trata, ¿verdad?

3. *Los tepezcuintles son víboras*

En Agua Español así le pasó también a un cazador. Fue al monte. Ya empezaron los perros a trabajar y encontraron un animal. Iban siguiéndolo, y el cazador por atrás, corriendo.

En eso llegaron a un lugar y se detuvieron los perros allí, ladrando con miedo. “¿Qué será?”, se dijo el cazador. Los perros ladraban y miraban para arriba. Había un árbol allí, y ya el señor también miró para arriba y vio que en una de las ramas estaba una víbora enroscada.

Que le dispara y que cae la víbora. Inmediatamente el señor agarró cacao, le empezó a machucar y le echó agua. La víbora estaba allí muerta, tirada, ¿no? Fue el señor y le roció, y poco a poquito tomó la forma del animal que realmente era: ¡un tepezcuintle!

Agarró el señor y se fue muy contento.

Y es lo que pasa, dicen: que los tepezcuintles son víboras. Como decíamos la otra vez, al matar un animal del monte hay que saber qué es de verdad. Por eso este señor no agarró a la víbora cuando la mató. Pero hay que saber también cómo se le quita la otra forma. Hay casos en que hasta se vuelven gente.

El señor conocía el secreto y cargaba su cacao.

4. *El jabalí perseguido*

Había también aquí en La Soledad un señor que era cazador. ¡Cómo le gustaba antes la cacería! Una vez iba de caza tras del Cerro Viborón y allí encontró un jabalí. Ya empezaron los perros a trabajar, a corretearlo, y llegaron a un lugar, un llanito, y lo rodearon. Los perros como que atacaban, pero por momentos se echaban para atrás, y otra vez volvían a entrar. El señor pensó que eso ya no iba bien. Entonces se subió en una peña y vio. Ya no era un jabalí: era una viborota pero grandísima. Pues ya no le dio ganas al hombre de matarla. Pero los perros la atacaron, y allí quedaron los tres. Allí los agarró la víbora. Los mató, pues.

El señor dijo:

—Pues pies, pa' qué te quiero. ¡Vámonos!

¡Santo remedio! A la fecha ya no le gusta la cacería.

5. *El venado*

Lencho y otro señor fueron a la tirada. De pronto comenzaron a trabajar los perros, y al rato el venado pasó por donde estaba el compañero de Lencho. Éste le hizo el tiro, pero el venado siguió corriendo. Luego pasó por donde estaba Lencho, y éste le pegó bien, le dio en el pescuezo, y ahí quedó el animal. Como en la corrida habían perdido los sombreros, se volvieron a buscarlos, dejando al venado allí, bien muerto, dicen. Recogieron los sombreros, y cuando volvieron a buscar el venado, ya no estaba, había desaparecido. Los perros buscaron por el monte, y nada. Tres días estuvieron buscando, fijándose si había zopilote, pero ¡nada! ¡Desapareció!

—¡Qué cosa! —dijo Lencho—. Ese animal tiene dueño. Y es cierto, pienso yo, ese animal tenía dueño.

6. *La señora de huipil*

En Huautla dicen que aquí en *da tí jé* * se aparece una señora de huipil con una criatura. Mi sobrino Pepe ya la vio. Es más, una vez que me quedé con la puerta abierta, venía mi sobrino de un baile como a medianoche con otro compañero y vio la puerta entreabierta. Yo había oído que empujaban la puerta y pensé que era la gata. Después oí que alguien andaba adentro, y pensé entonces que era el perro. Al día siguiente mi cuñada me dijo que Pepe había visto salir a una señora de huipil con una niñita.

Y luego me han dicho que esa señora, cuando no sale de esta puerta, sale de la siguiente, pero que de estas dos puertas siempre sale.

* Lugar "del agua del niño gordo".

7. *Las terribles noches de un trabajador*

Este era un trabajador de Cuyamecalco que tenía mi papá en la caña; duró tiempo aquí trabajando, pues le había gustado el trabajo.

Él se quedaba aquí a dormir. No se iba a la finca, se quedaba en donde estaba el ranchito. Después de acostarse sentía que lo levantaban y llevaban por toda la casa, y ya cuando amanecía, pues sí, el petate estaba por un lado y él por otro. Y todas las cosas que había en la casa, lo que se ocupaba allí, estaba también en desorden.

Esto sucedía todas las noches, pero él no lo tomaba en cuenta: "Yo estoy trabajando y se acabó", decía.

Pero llegó el día en que se le agotó la paciencia al señor y dijo: "No, ora sí ya me voy".

Y eran las siete de la noche cuando dejó el rancho, y se fue para la finca. Al llegar a una lomita se volteó a mirar, y vio que allí donde estaba el alambique había cantidad de gente. Dice que era una plaza enorme. Ya era de noche pero él veía clarito, veía aquella plaza. Pues ya las casitas que están allí no se veían. Le entró más miedo a este señor, y salió corriendo.

Al otro día le dice a mi papá:

—Yo me voy de aquí.

—Pero, ¿por qué, hombre? —le preguntó mi papá, pues era un buen trabajador.

—Me voy, ya no quiero trabajar aquí.

—¡Pero hombre! ¿Qué te pasa? ¿Qué te hicieron?

—No, nada.

—Pero ¿por qué entonces quieres irte?

—Mire —dice—. El trabajo me gusta. Con usted estoy a gusto y todo. Lo único que ya no me gustó es que allí donde trabajo espantan.

—¡Pero cómo! A ver, cuéntame.

—Mire —dice—. No le había dicho nunca, pero esto, esto y esto otro me pasa. ¡Todas las noches es la misma cosa! Y ahora que me venía para acá empecé a oír voces. Me voltié a ver de dónde venía tanta voz y era de donde está el alambique. Vi una plaza enorme allí, pero puros gigantes, puros hombres muy altos.

Y ya mi papá le dice:

—¿Por qué no fuiste? ¡Era tu suerte, hombre!

—¿Cómo?

—¡Pos sí! Así sucede esto.

—Bueno, ¿y si iba yo y en el momento de llegar me llevaban?

—No pasa nada. Ni modo, ya la perdiste.

—Pues sí, patrón. Pero mejor me voy —dijo.

Y abandonó la finca.

8. *Un espanto como yo*

En el rancho espantan. Allí espantaron a mi compadre. Fue en la noche.

—Voy al baño, compadre —me dijo.

Estábamos dentro de la casa. Regresó a la casa pero bien espantado. Hasta de color había cambiado.

—Ora ¿qué te pasó? ¿Con qué te espantaste? —le pregunté.

—Compadre, no sea canijo. No ande espantando —me contestó.

—Estás loco —le dije—. Yo estuve aquí. No he salido.

—Estaba yo en el corredor cerrando la reja cuando vi que estabas junto de mí. Te vi la cabeza —me contó.

—Pero no era yo, compadre —le dije—. Era la suerte. ¡Ya la desaprovechaste!

9. Otras travesuras de mi espíritu

Fue en un mes de diciembre, en tiempo de cosecha de café. Se nubló y empezó a llover. Estaba yo esperando a las cortadoras allí en la maquinaria. Conforme iban llegando, iba yo pesando, recibiendo el café. Siempre acostumbraban andar cuatro mujeres juntas, y hasta la fecha andan así.

Esa vez llegaron muy asustadas, y se quedaron mirándome.

—¿Qué me miran? —les digo.

—¿A qué hora llegaste? —me preguntan.

—¿De dónde? —les digo—. No me he movido de acá.

—No es cierto —me dicen—. Tú andabas allá arriba.

—¿Yo?

—¡Sí! —me insisten.

—¿Yo qué voy a andar haciendo allí? —les digo.

—Venías en tu caballo, arreando las vacas. Por cierto que a ella ya mero la cornea una vaca.

—Yo no he ido a ningún lado —les digo—. Yo no he salido de acá.

—¡No es cierto! ¡Eras tú! Te vimos. ¡Hasta nos hablaste a las cuatro!

—¡Ay hijo! —digo—. No, eso no está bien. ¡Cómo va a ser posible eso!

—Sí —dicen.

—¡Debe haber sido mi espíritu! —les digo medio en broma.

Otra vez me vieron en La Soledad; había fiesta allí. Hasta lámpara de gasolina dicen que llevaba yo, y que iba otro conmigo.

Todos se asomaron al camino a ver quién era el que venía pasando, y uno de ellos dijo: “Es mi compadre

Joaquín. ¿De dónde vendrá? ¡De Huautla ha de venir!”

Que estuvieron ellos mirando y comentando, dicen.

Esto me lo platicó E. S., quien me preguntó:

—Compadre, ¿de dónde venías anoche?

—¿Yo?

—¡Sí!

—¡Está loco, compadre! ¡Yo qué voy a hacer en la noche!

—Sí —dijo—. No sólo yo te vi. Te vieron muchos. Traías un mozo y hasta una lámpara de gasolina. Venías en tu caballo. . . ¡De veras!

10. *El hombre que se convertía en mapache*

Pues yo tenía por allí mi coscomate, y una vez fui a ver la mazorca, pues tenía mazorca guardada allí. Pero encontré todo comido. Y le dije a mi mamá:

—Oiga ¿qué pasará con la mazorca?

—Pues es lo que me estoy dando cuenta también —me contestó ella—. Mira quién es el que viene a hacer daño.

Y ya a la noche estuve espiondo, y entraron al coscomate tres mapaches. Abrí la puerta y les tiré de balazos, pero no les hice nada. ¡Ni uno cayó! Se fueron los tres. Y ahí seguí esperando, diciendo: “Orita regresan”. Pues no volvieron esa noche. Cuando regresé mi mamá me estaba esperando. Me contó que estaba aquí en la casa cuando llegó algo así como una sombra y le habló:

—Oye, María. Por favor dile a tu hijo que no haga eso. ¡Qué tanto es lo que voy a comer! Yo no tengo, y es poco lo que me llevo.

Mi mamá, claro, se asustó, y cuando regresé y le conté que se me habían escapado los mapaches, me dijo:

—Ya no vayas.

—¿Por qué?

—Es una persona —dijo—. Una persona que anda robando.

—¿Cómo cree usted eso, mamá?

—Sí, hijo. Ya me vino a hablar.

—¿Cómo?

—Sí, vino —afirmó.

—¿Y usted conoce a la persona? —le pregunté.

—Sí, la conozco porque me dijo su nombre.

—Bueno, pues. Ni modo —tuve que aceptar.

Entonces lo que hice fue vaciar el coscomate, porque era de cerco de jonote, y lo pasé a otra parte más segura.

Fue así como se salvó la mazorca.

Es una persona de aquí, de Ayautla. Es algo que no se puede explicar, ¿verdad? Porque la persona vive hasta la fecha. ¡Ella se convertía en mapache!

Ya le digo, de esas cosas hay muchas en Ayautla. ¡Tantas personas se convierten en mapaches!

11. *Otro hombre mapache*

Un señor tenía su milpa allá, en Agua Platanillo. Cada vez que llegaba encontraba destrozos, porque los mapaches persiguen los mejores elotes.

Un día le dice a su mujer:

—Es el mapache el que está acabando la milpa. Así que voy a cuidarla.

—Sí, vete, pero ten cuidado —le recomendó la esposa.

—Sí. No te preocupes.

Llegó el señor calculando la hora en que salen los animalitos, y al rato oyó un ruido; ya andaba uno. Se acercó despacio.

Cuando este hombre levantó la carabina para apuntarle, el mapache se paró en dos patas:

—¡No! —dijo—. ¡No dispaes que soy yo!

—Oye, ¿qué andas haciendo aquí? —preguntó el dueño todo admirado, reconociendo a uno de Ayautla.

—Ni modo, mano. ¿Qué quieres que haga? Solamente en esta forma puedo comer.

—Oye —dijo—. ¿Por qué te duermes? Tú sabes cuál es el tiempo de rozar, y cuál el de sembrar. ¿Por qué lo haces? Vete. Ya sé que eres tú. En la próxima, ¡quién sabe qué haga!

12. *Una brujería*

Aquí había un curandero que sabía hacer maldades. A un compadre mío, que todavía vive, lo estaba volviendo cochino. Así, de pura maldad.

Él ya estaba agarrando costumbres de cochino. Al comer quería tirar su comida al suelo y comerla allí. Un día le dijo a su esposa:

—Oye, ¿qué me pasa?

—Eso es lo que me pregunto —comentó ella—. ¿Qué te pasa? Ni modo; vas a tener que tomar los honguitos.

—Sí, pero ¿quién me los va a dar?

—Pues fulano —dijo.

—Bueno, está bien. Vamos a llamar a ese fulano, para que me los venga a dar.

Consiguieron los honguitos y llamaron al señor ese. Llegó y ya empezó la ceremonia, ¿no?

Entonces le dijo el enfermo:

—Yo también los quiero tomar.

—No —le dijo el curandero—. Tú no puedes tomarlos.

—Entonces, si no me quieres dar a mí, no me cures. Yo los quiero tomar.

—Está bien, ni modo —y le dio su ración.

Empezaron a comer los honguitos. Al rato ya comenzó el efecto ¿no? Y allí vio este señor que el mismo brujo que lo estaba curando era el que le estaba haciendo la maldad.

—Ah, jijo del maíz. ¡Conque tú eres!

—¿Qué quieres que haga yo? —dijo el curandero—. Es mi trabajo, me están pagando por eso. ¡Ni modo!

—¿Quién te mandó —le preguntó furioso el enfermo.

—Ya que te diste cuenta de lo que te estoy haciendo, date cuenta ahora quién me mandó.

—¡No! Yo te voy a matar a ti primero.

Y este señor se paró, agarró la carabina, pero el otro se escapó. ¡Qué se iba a esperar que le dieran allí!

Así sanó el señor. Pero no supo nunca quién había sido el que le mandó a hacer daño.

13. *La moza y la víbora*

Era una moza que cortaba café, cerca de un fresno muy grande. En eso oyó un chiflido, y no pensó que fuese una víbora. Pero sí, era una víbora muy grande que se había subido al fresno.

Ya cuando la víbora bajó al suelo, era una persona. Se convirtió en hombre.

Justo venía una maestra que trabajaba en el pueblo, y vio que el hombre se acercaba a la moza. La maestra se metió en el cafetal, como con miedo. El hombre abrazó a la moza, la besó y se puso a platicarle. Ya cuando el señor quiso intentar otra cosa, la moza empezó a forcejear. Entonces el hombre, que la tenía ya acostada allí, la soltó y se despidió. Se tiró luego al suelo y se convirtió otra vez en serpiente. Entonces a la maestra le dio mucho miedo, y salió disparada. Ya había pasado la tercera noche de que sucedió esto, y la señora seguía muy nerviosa, desesperada por lo que había visto. Llegó a enfermarse. Además, ya como en la tercera noche vino un gato a maullar a su casa, y la señora se asustó todavía más.

Su marido, muy preocupado, llamó a esos que curan, pues este suceso iba a causarle la muerte. Pero el curandero la sanó con hongos.

14. *La curandera tepezcuintle*

Una señora que era curandera se convertía en tepezcuintle. Un cazador había visto a este tepezcuintle muchas veces, pero se le escapaba.

—No puede ser —decía—. Tengo que matarlo.

Pues tocó la casualidad de que a la señora la llamaron para que hiciera una curación, y este señor salió de cacería esa misma noche. Y para su buena suerte, lo encontró luego luego al tepezcuintle. Para la pobre señora la suerte fue mala, ¿no?

El cazador vio al tepezcuintle y se dijo: “¡Ahora sí!” Le apuntó y taz: lo mató. Sí, lo mató.

Y la señora estaba en ese momento en que había tomado honguitos. Y entonces “¡Ay!”, que grita.

Y los que estaban con ella le preguntan:

—¿Qué te pasa?

—Ora sí ya me mataron —dice.

Entonces le dice su hija:

—Pero mamá, ¿qué te pasa?

—Ya lo estoy viendo. Fue fulano el que me mató. Me acaba de matar. Aquí lo estoy viendo. Y para que me creas, hija, vete a su casa a comprar algo y vas a ver que allí me tiene colgada.

Entonces su hija fue, ya amaneciendo. Llegó al changuarrito que este señor tenía.

—Señor —dijo—. Quiero aguardiente.

No sé qué pidió, pero vio un tepezcuintle que estaba colgado allí. Ya lo había limpiado.

Se regresó a donde estaba su mamá. A la señora todavía le hicieron una curación, pero ya no pudo vivir.

—No —dijo—. Para mí ya no hay salvación. El señor
ese me dio donde tenía que darme.

Y se murió nomás.

En Ayautla sucedió esto.

15. *El chamaco que se convertía en zorra*

A mi papá le sucedió esto una vez y me lo contó. Iba al trabajo, ¿no?, y se le atravesó una zorra. Él sacó la pistola, pero cuando le quiso apuntar vio que la zorra ya había tomado la forma natural, y era un chamaco.

Y eso después me confirmó el papá del muchacho. “Quién sabe”, dijo, “qué cosa le hicieron a mi hijo. ¡Se convierte en zorra!”

Mi papá quedó muy sorprendido. “¡Qué tal si hubiera disparado! Mira el compromiso en que me metía! ¡Pobre chamaco!” Mi papá me lo repitió tanto que me convenció.

El muchacho vive aquí ahora, en Ayautla.

No sabemos si ya lo curaron o si se sigue convirtiendo en animal. Es una maldad que le hicieron.

16. *El anuncio*

Estaba yo destilando; serían como las seis y media de la tarde. Los demás trabajadores ya se habían ido para la finca; me quedé solito con otro nada más. Todavía no terminaba de destilar. Estaba parado en la puerta, ¿no?

—¿Qué tal, Joaquín? ¿Qué haces? —dijo una voz.

¡Pero vaya! Era la voz del finado de mi suegro. . . Era la voz de él. Entonces el mocito que estaba conmigo me dice:

—Oye. . . ¿Quién te habla? —él también había oído.

—¿Dónde? —le digo disimulando—. Yo no oí nada.

—Pero si te habló —insistió el mocito—. Mencionó tu nombre.

Y qué va, al otro viaje avisaron que ya falleció mi suegro.

17. *La mujer que despreció los hongos*

Los hongos de guajolote son hongos grandes, medio pintos, muy sabrosos.

Pues este era un matrimonio de Jalapa de Díaz. El señor fue al campo a trabajar y allí encontró aquellos hongos. Ya llegó a su casa y le dijo a su señora:

—Encontré esto. Prepáralo.

—Está bueno —contestó ella—. Pero yo no sé comer estas cosas. No conozco estas porquerías.

—Oye —le reprochó el marido—. No digas así.

—Pues sí —insistió la mujer—. A mí mi padre no me enseñó a comer esas cosas.

—Está bien —concluyó el marido.

Entonces fue y le dijo a su mamá:

—Mamá, prepáralos tú. Nosotros sí comemos estas “porquerías”. Si mi mujer no lo come, ni modo.

La mamá los preparó bien sabrosos, y luego que estuvo lista la comida comenzaron a comer ellos. Y la señora nomás estaba sentada, estaba mirando. Pensaba: “Estos están comiendo muy sabroso”.

—¿No quieres? —todavía le ofreció el marido.

—¡No! Sigán comiendo. No quiero porquerías.

—Está bien —aceptó nuevamente el marido.

Pero a la noche todavía quedó algo en la cazuela porque era una cantidad grande de hongos. Y como la señora quizá lo que quería era humillar al hombre, ¿no?, por haber llevado los hongos, ya en la noche, cuando todos estaban acostaditos y sintió que el esposo estaba dormido, y también su suegra, se levantó y fue a donde estaba la cazuela de hongos. Pero al meter la mano sintió un piquete y gritó:

—¡Ayyy!

El marido inmediatamente prendió la luz.

—¿Qué te pasa? —exclamó alarmado.

—¡Una víbora! ¡Una víbora! —gritaba la mujer.

—¿Dónde?

—Pues aquí.

Va el hombre y efectivamente en la cazuela estaba enroscada una víbora, allí dentro.

Ya agarró el hombre y mató a la víbora. Luego le dijo a la señora:

—Bueno, y tú ¿qué estabas haciendo aquí? ¿Qué buscabas?

—Dispénsame —se disculpó la mujer—. Yo conozco de estas cosas, las he comido. Pero no sé qué me pasó que no acepté cuando los trajiste.

—Pero ¿por qué, mujer? ¿No sabes que esto es malo? Tú le dijiste porquería, ¡ora ahí está la porquería!

Se murió la señora. Pero antes habló. Ella sabía comer aquel hongo; nomás quiso humillar al hombre.

18. *El hombre demonio*

En la agencia hay un hombre que yo creo que es demonio también. Cuando comete alguna falta, algún error grande, lo agarran y lo meten al bote. Y ya cuando lo sacan a declarar se enoja mucho, dicen, y poco a poquito ven que le van saliendo los cuernos. Pues ya la autoridad se asusta ¿no? y le dicen: "Vete mejor". Les da miedo. Pero sí, poco a poco le van saliendo los cuernos, se le van poniendo los ojos colorados.

Esto fue en La Soledad. Vivió mucho tiempo en la finca. No sabemos si anda ahora en la agencia o por Tuxtepec.

19. *Los dueños del cerro*

Este hombre fue a ver al ganado, y donde más o menos nace el río Grande tropezó y se cayó en un pozo. Eso fue lo que lo transformó. Pasó el tiempo y todavía lo andaban curando los curanderos, pero éste no creía en las curaciones tampoco.

—Mira, en tal lugar está tu espíritu —le decían.

—¡Yo no creo en eso! —contestaba el hombre.

—¡Debes llevar una ofrenda!

—Pues no.

No, el hombre no creía. Hasta que por fin dijo: “Ora sí, creo que hay que llevar la ofrenda”. Y entonces llevó la ofrenda, pero ya ve que para esas cosas se tiene que guardar la dieta; cuatro días son de dieta. Pues yo creo que no guardó la dieta, y se trastornó de buenas a primeras.

Era un primero de mayo cuando llegaron a avisarme que Juan se había ido al monte.

—Está borracho —les dije—. Hubo fiesta aquí, tomó mucho.

—¡No! —me dijeron—. No está borracho.

Entonces ya nos fuimos a ver al Juanito, ¿no?

Ya era de noche, había luna. Vimos que venía bajando y me le acerqué:

—¡Juanito! —le dije.

Nomás oyó que le hablé y se metió al monte. Mire, haga de cuenta que estaba caminando aquí en el patio.

Yo le quise seguir, pero me enredaba entre las ramas y no pude. Se fue, se fue... Lo llevaron hasta el pie del cerro. Pero él también luchaba, queriendo zafarse de las personas que lo llevaban.

Luego volvió a salir. Lo estábamos esperando en la

barranca, y en eso avisan sus familiares: "Viene otra vez". Me paré detrás de un aguacate, y cuando iba pasando lo agarré:

—¿Quiubo? —le dije—. ¿Qué te pasa Juan?

—¡No! —dijo— ¡Me están llevando!

—Pero ¿quién?

—¡Mira, ahí está! ¡Ahí está!

—Yo no veo nada, Juanito —le dije—. ¡No veo nada!

¡No hay nadie!

—¡Si, agárrame recio, porque me van a llevar!

—¡Ya! —le dije, agarrándolo fuerte—. Fuimos a traer palmas benditas para ahumarlo, ¿no?, darle un poco de agua bendita y todo eso. Por cierto que estaba el padre acá. Ya le hablamos al padre. Ya se fue, le dio una bendición.

—No te pasa nada, hijo —le dijo el padre.

—¡Pero si aquí están, me están llevando!

Y ya pues sí, se compuso el hombre. Lo estaban llevando los dueños del cerro. Primero que eran unos grandes, después que eran dos niñitos que lo agarraban. Los que lo llevaron primero, cuando lo iba yo siguiendo, eran personas grandes, me dijo después, cuando se compuso. "Cuando me llevaban, yo no veía monte. Veía todo limpio. ¡No veía nada que estorbara para caminar!", me contó.

Y sí: sanó el señor, se compuso.

Hay muchas cosas que suceden, pues. Uno lo toma a broma pero. . .

IV

EL MUNDO ENCANTADO

1. *El niño güero*

Julieta vio a un niño güerito, muy rubio, que iba por ahí, y llamó a mi comadre:

—¡Juana, Juana! ¡Ven! Mira qué niño tan bonito va allí. ¿Quién será?

Iba subiendo por allí, por la casa de mi compadre Manuel, de aquel lado de la barranca iba subiendo el niño.

2. *La niña de la barranca*

Se oye una niña que canta, pero eso es por la barranca. Empieza a cantar, y conforme la van buscando, también se va alejando la voz. Si uno la siguiera más y más quién sabe dónde nos llevaría, ¿no?

3. *Los duendes no son iguales*

Los La'a han de tener su oficina.

Los La'a no son iguales. Cada uno pertenece a una cosa distinta, tienen sus lugares, sus barrancas propias porque no son los mismos. Un duende pertenece así a una barranca grande, y tiene sus defensores. Otro duende pertenece a una peña, o a un pozo. Son de distinto carácter los que tienen un pozo, una barranca, una peña, una montaña. Son los chikones.

4. *Apedreaban mucho al tractor*

Aquí, de donde sacaron la grava, salió también un duendecito. Allí creen que viven los La'a. Allí ha de ser su casa. Por cierto, dicen que apedreaban mucho al tractor cuando estaba acá. En las noches le daban unas pedradas al tractor. Siempre se quedaba uno a cuidar, y nomás veía que caían las piedras; no veía a nadie. Esos eran los duendes.

5. *Son delicados y uno sueña con ellos*

Dicen de los duendes que son muy delicados. Cuando los cristianos llegan a un lugar los pobrecitos se retiran de allí. Si Dios le permite a un cristiano vivir en un lugar los La'a se retiran de allí. Uno llega a soñar con ellos. Una vez soñé con duendecitos que jugaban en el agua. Eran chiquitos, así, y ¡tan chistoso que iban jugando! Nadaban, salían del agua, se abrazaban, brincaban y se correteaban, paseaban dando brincos, ¡tan chistosos! Chiquitos, pero con figura de gente, ¿verdad?

6. *Los chamacos de La Joya*

Allí en la finca, en La Joya, dos chamacos andaban matando pájaros, y en eso se les aparecieron los La,a y que los agarran. Los estaban llevando ya, jalándolos, y empezaron a gritar los chamacos. Se estaban llevando al más chico. El más grande se quedó parado, y al ver que se llevaban al otro empezó a gritar. Entonces salieron a buscar al niño.

7. *Los ven cuando están bañándose*

Bueno, aquí a los mocitos se les aparecen los La'a cuando están chapoteando, o si no cuando están bañándose los ven. No, no les hacen nada. Bueno, según platican ellos. Mientras uno no les haga nada, no hacen nada. Pero si uno comienza a hacer travesuras, son capaces de matarlo.

8. *Los negritos*

Había un chamaco de Santa María que me ayudaba. Yo compraba entonces café por los caminos, atajando a los campesinos. ¡Hay que luchar en la vida para ganar los centavos!

Era un día jueves de plaza. Temprano salí yo con mis bestias para cargar los bultos de café. Debía ser como el mes de abril, pues precisamente en ese tiempo la milpa en Tenango está así de grande ya.

Entonces le digo al chamaco: "Yo creo que Luis va a llegar tarde de su trabajo, así que vé a traer un poco de leña para hacer las tortillas, para hacer la comida".

El chamaquito obedeció. Agarró un mecapal y un costalito para poner la leña, ¿no?, y se fue. Pero el chamaco, al llegar a donde estaba la milpa, escuchó que alguien platicaba allí. Pensó que era mi hermano Herminio, que estaba platicando conmigo en una cueva grande que hay en el cafetal.

Que escuchó voces de nosotros, dice, y se fue para alcanzarnos. Iba caminando por una porción de cafetal que estaba allí junto a la cueva, y cuando llegó a la cueva se le arrimaron muchísimos negritos. Bailaban todos a su alrededor, decía el chamaco. Ya no lo dejaban. Bailaban, lo jalaban y lo agarraban de las manos, pero así bailando, negros, bien negros.

Traían un sombrerito, los negritos esos. El chamaco se asustó y quiso arrancar a correr, pero ya no podía. Y por cierto, tumbaron bastantes matas en ese baile. Yo mismo las vi quebradas. Salió el chamaco de ahí y llegó muy asustado a la casa; quedó enfermo por el susto. Ya no hablaba. Cayó también en la cama el chamaco. Ya cuando nos dimos cuenta que estaba enfermo mandamos llamar

a su mamá, que vivía aquí en Santa María Asunción. Ella vino y se lo llevó. Le hicieron las curaciones, la limpia. . . Ya no sirvió, ya no. . . Murió el chamaco después.

9. *Las hijas del Chikón*

Un "mandador" es el que dirige al personal que recoge el café en el campo. El mandador de café, un viejito ya de edad, estaba trabajando y era el que tocaba el caracol para llamar a la gente que va a cortar el café. La rutina de esos hombres es recorrer los domingos los cafetales para ver en dónde está más maduro el grano. Y salió el viejito a recorrer, para llevar al día siguiente a la gente.

Cuando estaba haciendo su recorrido encontró dos muchachas vestidas de huipil:

—Oiga, señor ¿Qué anda haciendo? —le preguntaron.

—Ando viendo aquí los cafetales —les dijo amablemente.

—Oiga, ¿pero usted no ha ido hasta allá, adonde termina el cafetal de don Carlos?

—¿Dónde es? —preguntó sorprendido el mandador.

—Pues hasta allá. Ahí el café está pero maduro, y no ha pasado ni siquiera un corte.

—¡Pues vamos a ver! —dice el señor este.

Y allí lo llevaron, lo llevaron, y como el señor ya conocía el límite, ya llegaron hasta el pie del cerro, al lindero.

—Pues hasta acá nada más es la propiedad —dijo el viejito—. Hasta acá nada más.

—No —le dijeron las muchachas—. Todavía sigue para allá.

—No, si yo conozco. Hasta acá nomás es de don Carlos —dice—. Para allá es de otra gente.

—No —le insistieron—. Véngase usted. Vamos.

Y las dos muchachas tenían agarrado del brazo al viejito.

—No —se negó éste.

Entonces el señor reaccionó y se dio cuenta de que ya lo estaban llevando pal cerro.

—¡No, hijas de...! ¡A mí no me van a llevar! —sacó el machete, y al instante desaparecieron las dos muchachas.

Eran hijas del güero, digamos, eran dueñas del lugar.

10. *La gringa*

Fue aquí, en Loma Chapultepec.

Resulta que el hombre se aburrió de estar en un baile, y ya como a la medianoche se vino solito. Llegando al río vio que estaba sentada una gringa, en una piedra.

—¿Dónde va usted? —le preguntó él.

—Yo me voy a mi casa —le dijo ella.

—Vamos, la acompaño —se ofreció.

—¿Verdad que estuvo bueno el baile? —le dijo la gringa.

—¿A poco estuvo usted allí?

—Estuve —le dijo.

—Yo no la vide. ¿Usted estuvo allí deveras? —se extrañó el señor.

—¡Yo estuve allí! —repitió la gringa.

Ya siguieron platicando. Dice que descansó dos veces esa gringa. Por último llegaron a un lugar donde se quedó la gringa. Era una laja, clarito se veía la laja.

—¡Yo me quedo aquí! —se despidió.

—¡Cómo se va usted a quedar sola! —le dijo él—. Vamos juntos al pueblo.

—No, me quedo —dijo ella.

—Está bien, pues —le dijo el señor finalmente.

Llegando a su casa se le ocurrió volver al día siguiente muy temprano a ver dónde vivía la gringa esa, a ver si era cierto.

Fue entonces en la mañana adonde dejó a la gringa la noche anterior, ¡ni qué laja, ni qué nada! No estaba la laja esa, vaya. ¡Nada!

Yo creo que esa gringa era la mujer del Chikón. Bien arrepentido está ahora ese cabrón, bien arrepentido.

11. *Una mujer raptada*

Ya no me acuerdo muy bien. Nomás así por salteado. También cuando estaba en San Martín Caballero la gente me platicaba que en una ocasión andaba un cazador por ahí, por Cerro Rabón. Venía de Jalapa de Díaz, y tenía sus perros. Y donde ladraron los perros allí fue el cazador con su escopeta. Cuando llegó vio que estaban rodeando a una mujer vestida de huipil, pero parece que ya casi estaba desnuda, no tenía ropa buena.

Tenía un año de perdida la mujer y la estaban rodeando los perros, ¿no? Y llegó el cazador allí. El cazador creo que se asustó, porque él no pensaba que iba a encontrarse con una mujer casi desnuda. Poco a poco se le acercó, porque los perros no se alejaban, no se quitaban de ahí. Y el cazador le preguntó qué hacía allí.

La señora contestó:

—Pues aquí me casé. Aquí vivo. Nada más que mi suegra me regaña mucho. Fui a tomar unos elotes para hacer unos tamales y chileatole, como a mi esposo le gusta, y me regañó la señora, me llamó la atención porque estaba yo acabando los elotes. Así me regañó y no me gustó, entonces ya me vine. Si usted quiere rescatarme traiga un cuchillo para matar a mi suegra, que es *shondá ve*. Si la mata podré irme.

El señor, pues, no tuvo el valor de hacer eso que le pedía la mujer, porque debió asustarse. Se regresó hasta Jalapa de Díaz, y fue a avisar a la familia de la mujer.

Su familia buscó un sacerdote, y ya hicieron una misa. Llevaron un maestro cantor para rezar la letanía, y también velas y cacao. Así le hicieron la misa, y rezó toda la gente.

Pero la señora, aunque después la rescataron, ya no vivió mucho. Porque ya no comía las tortillas, no comía nada.

Llegó a su hogar y allí murió, se acabó.

12. *El encuerado rojo*

Allí en el rancho las cortadoras de café dicen que fueron a cortar café y se les apareció un encuerado que tenía el cuerpo rojo, muy rojo. Este se les acercó y cuando estaba enfrente de una de las pizcadoras, le dijo:

—Vente, vámonos.

—¡No! ¡Dónde me vas a llevar tú!

—Ven —decía—. Y la iba a jalar cuando empezó ésta a gritar. Allí vinieron el mandador y las otras mujeres a preguntar qué pasaba.

—¡Un hombre! —decía— ¡Un hombre!

—¿Dónde está?

—¡Allá va!

Y todavía lo alcanzaron a ver todas. Iba encuerado, dicen, y era rojo.

Luego otra viejita de Ayautla. Estaba en el campo con sus dos hijas cortando café, también en la finca, cuando de pronto se aparece otro igual en el monte y ya estaba jalando a una muchacha, la estaba llevando, y ésta no podía gritar.

Entonces se voltea la mamá y lo ve, y le habla a la otra hija, y que se le echan encima las dos a puros ganchazos, con esos ganchos largos que se usan para jalar las ramas del café. Y con el puro gancho le estuvieron pegando hasta que desapareció.

Este era rojo, rojo, también encuerado.

13. *Un señor de Cuyamecalco*

Esta historia no es de Cuicatlán, sino de la ranhería de Cuyamecalco.

Pues este señor, como se aproximaba ya la fiesta de Todos los Santos, fue a Cuicatlán a comprar la mercancía que se utiliza en la fiesta.

Al llegar a la plaza de Cuicatlán compró sus cosas, y allí se le agotó el dinero. Entonces que se le acerca un hombre y le dice:

—Oye amigo, ¿qué te pasa?

—Pues se me agotó el dinero.

—No tengas cuidado por el dinero, que aquí traigo.

—Pero señor, ¿Con qué le tengo que pagar?

—No te aflijas por eso. En el camino me lo das, nos vamos juntos. Gástalo ahora; aquí está.

¡Quién sabe cuánto le dio! En ese tiempo era mucho dinero, y compró un montón de cosas. Pero se quedó pensativo, pues ¿cómo iba a pagar el dinero?

Ya salió él de Cuicatlán detrás de su burro, con carne y todo, ¿no? Pues cuando menos siente, que atrás de él venía un hombre con dos burros. Era el que le prestó el dinero.

—Ah, ¿que apenas te vas? —le dijo el hombre.

—Sí, apenas. Usted viene también rápido —le contestó.

—Sí. Ya vámonos.

—Bueno.

Pero allá, en donde se aparta el camino, el hombre le dijo:

—Oye, mano. ¿Me entregas el dinero que te di?

—No puedo, señor —le contestó—. Le entregaré luego, porque no traigo aquí dinero.

—En tu ceñidor lo traes —le dijo el hombre—. Ahí cargaba la gente de antes el dinero.

—No, señor. Lo gasté todo —afirmó.

—No, señor —que le insiste el otro—. Desátate el ceñidor que traes. Ahí está mi dinero.

Le hizo desatar el ceñidor, y allí estaba el dinero.

—Dame el dinero.

—Bien, aquí está —dijo, y se lo entregó.

Siguieron caminando. Más adelante, donde había una loma, un zacatal, el desconocido se despidió.

—Mira mano, ya te dejo. Que te vaya bien. Yo por aquí me voy.

Pues los burros jalaron por el monte como si fuera camino real, y el hombre siguió solo su camino, muy preocupado.

14. *La Cueva del Diablo*

La Cueva del Diablo es una cueva donde se encuentra el diablo marcado muy claro por unas peñas de 25 a 30 metros de alto. Está el diablo como en una estampa, sentado en una silla. Como a 500 metros para arriba, está la virgen esa que le llaman *Shon'dá'je*, la esposa del Chikón.

Allí se encuentra *Chikón'xim*, que es el mismo duende. Allí aparece una peña, una montañita tan chistosa. Hay una cuevita a la que no se puede entrar ni salir, nomás se la divisa, está muy difícil.

Hay otra cueva por el rumbo de Santa Fe. Allí entramos una vez y encontramos unas calaveras en la pared. En otro cuarto de adentro, muy oscuro, encontramos un monito sentado. El monito está tallado en la misma roca. Había como seis figuras por pares en la pared.

Había un altar con cuatro velas cubiertas por las gotitas que vienen de arriba.

Enmedio de este altar hay una figura como de sol, con rayos ¡pero bonita! Quién sabe qué clase de cosas se encuentran allí.

Puede ir uno a estas cuevas, pero debe guardar los días obligados. Dicen los viejos: "Si van allí acuérdense que tiene sus consecuencias, a menos que sean niños inocentes".

En la Cueva del Diablo, todos los que han entrado tienen anotado su nombre en la pared.

15. *Una noche en Loma Grande*

En Loma Grande, cuando había un pleito, uno se espantaba de verdad. Nos decían: tales personas van a entrar al pueblo y van a quemar las casas.

Una vez yo me espanté, me pareció que se había arriado un montón de gente, y me salí de la casa oscureciendo. Me fui a una montañita y allí me dormí muy tranquilo, sin saber que había una cueva.

Como un cuarto de hora me dormí, hasta que quién sabe qué clase de sonido me vino a despertar; era como un ruido de platillos de música, pero bien fuerte. Entonces dije: "¿Qué será?" Me volteo para ver dónde fue y nomás veo el hoyo de la cueva, del que salía un humito, ¿Qué cosa se habría reventado adentro? ¡Vaya usted a saber!

Entonces me espanté y me fui para mi casa. Me arriqué poco a poquito por si había alguien. Pero claramente salió humo de la cueva, sí. Es un hoyo en el que no se ve el fondo. ¡Qué tal si me encantaba!

16. *El águila que se llevaba a la gente*

Otra es la cueva del Aguila. Platicaba mi papá que en su tiempo vivió allí un águila muy grande, que salía y se llevaba a las personas. Era el terror. Invadía todo lo que es Chiquihuitlán, Teutila, todo, hasta Jalapa de Díaz creo que llegó el águila esta. Ya la gente no podía salir. Entonces se dijeron: “¿Pues cómo vamos a hacer para matar al águila? Porque si no nos va a acabar a todos”. Entonces una persona ideó hacer una canasta grande, y se metió dentro. Y vino el águila y se la llevó. Como este hombre iba adentro, ya en pleno vuelo empezó a apuñalarla, ¿no?, y ya al final de cuentas fue a caer en la finca “El Faro”. Y allí terminó el águila.

Salió de aquí, de este cerro. Por eso le pusieron “Cerro de la Cueva del Aguila”.

Allí es donde también se perdió el cura. Yo no podría explicarle muy bien esta historia, pero tal como me lo platicó mi papá, el padrecito ése, fue a explorar y ya no regresó. . . Desapareció.

Me imagino que fue por el año 1920, más o menos. No sé qué fin llevaría el cura al ir a explorar allá. Tal vez le platicaron del águila esta y dijo: “Vamos a ver que hay”, ¿no?

17. *La cueva de Cerro Rabón*

Le voy a contar un caso también verídico que me contaron unos amigos, de tres americanos que vinieron a explorar por aquí. Al llegar a la Sierra cada quien jaló por su lado, y pusieron un punto donde encontrarse nuevamente.

Uno de ellos se dirigió al Cerro Rabón, y al llegar ahí encontró una cueva muy chica. Entonces escarbó más para poder entrar, y se metió. Este hombre, ahí adentro, encontró como una especie de plano. El cerro era todo hueco por dentro, pero tenía como unas escaleras para salirse, para subir hasta arriba. Y este hombre se estuvo ahí, mirando. Exploró y se llevó el plano aquel. Pero, antes de retirarse, tapó la entrada que había encontrado. Sí, la tapó bien. Y ya cuando se encontraron nuevamente los tres, a aquel mapa lo hicieron tres pedazos, o sea, cada quien se llevó una parte del plano.

Y entonces ellos quedaron de acuerdo para regresar, para explorar mejor lo que indicaba el plano ese, pero yo creo que hasta la fecha no han regresado.

También en el Cerro Rabón se desapareció un cura. Yo me digo que ha de ser la morada del Chikón.

18. *El almacén subterráneo.*

Y luego otra vez, también aquí por Agua Español, por Coatzospan. Un señor que se iba a trabajar por allí venía ya de regreso para la agencia. Como el camino está enmontado, éste se fue y agarró otro camino, y en el camino que tomó había un sótano, ¿no? Ahí cayó, cayó para adentro, y se quedó dormido. Ya al otro día, cuenta, anduvo por abajo. Dice que era un comercio muy grande. Entonces él quiso tocar las cosas, pero al tocarlas se desvanecían. El cuarto donde entró era de pura ropa, cuenta. Dijo: "Voy a agarrar estas telas y esa cobija". Pero siempre al tocarlas se deshacían. Entonces este señor ya se salió. Llegó a su casa y le platicó a otro lo que le había ocurrido.

—¿Vamos a ver? —le ofreció.

—¡Vamos!

Se fueron, pero el sótano ya no estaba. Ya no había nada.

—¿Dónde te pasó? —preguntó el otro.

—¡Aquí mero!

—¿Dónde está el sótano?

Buscaron, y ya no encontraron nada. Debía ser la cueva del Chikón.

19. Cuando se llevaron a mi abuelito

Tenía un cañal mi abuelito; el lugar se llamaba Agua Cabeza de Perro. El rancho de nosotros era *Vdá cuchí*, Agua de Urraca. Todo el tiempo trabajaba. Iba a limpiar la caña, y esperaba estas horas de la tarde para regresar. Y un día, como no regresaba, lo fueron a buscar. Ya no estaba. Nomás apareció su azadón; él no apareció. Se perdió. Por más que se le buscó no se le localizó en ningún lugar. Hasta el tercer día se le vio, en otro rancho, en un lugar llamado Agua de Grillo. Mi primo Eduardo iba siempre a la plaza temprano por la mañana. Había pasado esa vez una lluvia muy fuerte por la noche, y estaba muy feo el camino, había mucho lodo, mucha agua. Pues iba caminando mi primo y pasó cerca de un montecito donde había una cueva. Se llama Cerro de Axe, *Nindó kosho*. Pasaba mi primo caminando cuando le hablaron:

—Eduardo —le dicen—. Espérame tantito.

Le hablaban de arriba del monte: estaba muy feo allí. Había una cueva.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunta la voz.

El se asustó cuando vio aparecer a mi abuelito, porque ya se le daba por perdido. Y mi abuelito le contó:

—Pues sabes que me fui a trabajar antier; eso recuerdo bien. Pero lo que pasó es que me fueron a traer de allí de donde estaba trabajando. Me trajeron acá y me llevaron a un edificio enorme. Era un comercio enorme y mucha gente se encontraba allí, pura gente güera, pura gente grande gachupina, puro güero. Y ahora me vinieron a dejar aquí, como ves. Allá me estuvieron reteniendo, diciéndome que me iban a dar un lugar para vivir ahí.

Se bajó. Se lo llevó mi primo, porque se sentía muy enfermo. Se lo llevó a su casa. Pero siguió enfermo mi abuelito.

No recuerdo exactamente en qué tiempo se le hizo la hechicería. Se le buscó una persona que sabía de curaciones. Todo se le hizo, las costumbres que hay. Pero ya no se recuperó mi abuelito, murió.

No recuerdo cuánto tiempo tardó en morir. Un mes, no sé.

Pero el chiste es que murió. Ahí se acabó el señor.

Se lo llevaron unas personas por la fuerza, como si hubieran sido policías, algo así. Lo echaron para adelante, según explicaba él.

20. *Lucha con un muerto*

Otro caso de Coatzacoapan, de Loma de la Plaza.

Un señor vino a la plaza, aquí a San Miguel, y ya de vuelta lo agarró la noche en el camino. En eso oyó que gritaban, eran grandes gritos, así feos, ¿no?

Él dijo espantado: “¡El muerto!”, y empezó a caminar más recio, más recio.

Pero le gritaron otra vez, y ya cuando estaba llegando a la loma de su casa que le gritan de nuevo, así, delante de él. “Ni modo”, dijo temblando. Y siguió. En eso, al entrar a su casa, sintió que alguien se le trepaba y le empezaba a agarrar. Entonces este hombre se puso a luchar, pues el muerto lo estaba ahorcando, y luchando cayó al suelo.

Y la señora, espantada, no sabía ni qué hacer. Le preguntaba a su marido, pero qué le iba a contestar el otro si lo estaban ahorcando.

Entonces a la señora se le encendió el entendimiento y dijo:

—¡En el nombre de Dios! ¿qué tiene este hombre?

Aquí la costumbre es usar el tabaco, el “pisiate”, y la señora empezó a echárselo a su marido, que estaba luchando. La señora no veía nada, le echaba el pisiate y agua bendita. Ya poco a poco el hombre volvió a la normalidad. Entonces le preguntó espantada su mujer:

—¿Qué te pasó?

—¡El muerto me estaba matando! —contestó el marido lleno de horror.

—¿Cuál muerto? ¡Si yo no veía nada!

—Sí, tú no veías nada porque conmigo era la cosa, no era contigo. Pero, gracias a Dios, lo que hiciste me salvó.

Esto le pasó por San Juan, donde está la Cueva del Diablo, por allí, por unos barrancones.

21. *Los hijos del arco iris*

Esta es otra historia de Jalapa de Díaz. Vivía allí una muchacha que tuvo que ver con el arco iris.

Y sí, la muchacha engendró del arco iris. Se estaba bañando en un pocito y entonces salió de allí el arco iris. Y ya vieron eso sus padres y la fueron a traer, porque en ese momento se quedó en el agua, desmayada. Sus padres la sacaron y la llevaron a su casa.

Tiempo después se fue viendo que la muchacha estaba de encargo.

—Pero no —decía—. No es posible, ¡no! Lo único que yo sentí fue que ustedes me sacaban del agua.

Pero sus padres no le creían.

—¡Les juro que no estuve con ningún hombre! —repetía ella.

—Bueno —aceptaron al final sus padres, muy dudosos—. Está bien.

Y la muchacha dio a luz, pero no enseñaba lo que había parido. Se consiguió algo como una jícara muy larga y allí lo echó. Cuando se iba a algún lugar se subía hasta el techo de la casa y allí guardaba aquello. Lo colgaba, pues.

Hasta que un día le dijo a su mamá:

—Mamá. Voy a lavar mi ropa al río. Pero te pido un favor muy grande: No vayas a ir a ver lo que dejé allá arriba. Si me quieres, no lo vayas a ver. Ahí que se quede hasta que yo regrese. Porque sé que tienes tentación de ver.

—No, hija. No te preocupes. Tú vete —le aseguró la mamá.

Entonces ya se fue la muchacha, pero la mamá tenía esa tentación. “¿Qué es lo que guarda mi hija?”, se preguntaba.

Pues no se aguantó la señora y entonces se subió, llegó hasta el techo de la casa y vio aquello. Dice que eran unas criaturas chiquitas, así, todas rubias, coloraditas.

Ya la mamá se bajó corriendo, espantada, y fue a platicarle a la vecina:

—¡Mira lo que tiene mi hija!

—¡Ah! —le contestó—. Son hijos del arco iris. ¡Esos son los hijos del arco iris!

—¡Pero cómo!

—Sí. Si alguna mujer se está bañando y sale el arco iris de la fuente, eso es lo que sucede.

Pero en eso regresó la muchacha, y dijo:

—¡Mamá! ¡Lo que más te recomendé fue lo primero que hiciste!

—¿Qué cosa hija? —preguntó la mamá fingiendo inocencia.

—No te quedaste con la tentación. Viste lo que yo tenía allí, y yo te dije que no lo vieras.

—¡No, hija! —contestó—. No he visto qué cosa tienes allí.

—A mí no me vas a engañar, mamá. Yo me dí cuenta cuando estaba lavando. Tú subiste a ver aquello, y te dije que si me querías no lo vieras. Pero veo que no me quieres.

Entonces se subió ella, bajó su cuna y le dijo a su mamá:

—Ahora sí me voy para siempre con el papá de estos niños.

Agarró entonces su calabaza y se metió en el río. Poco a poquito fue desapareciendo en el agua.

Cuando sale el arco iris el agua se pone como colorada y empieza a hacer burbujas, se alborota toda.

ALGUNAS VOCES USADAS

Axe: Un árbol.

Barbasco: Tubérculo de uso medicinal.

Carrujitos: Trozos de carrizo.

Coscomate: Granero. Troje de barro y zacate en el que se guarda el maíz.

Cuela: Caldera.

Chiltepe: Cierta tipo de chile de la región, muy apreciado.

Hojas de María: Planta alucinógena.

Hongos, honguitos: Se refiere a los hongos alucinógenos.

Itacate: Provisiones de viaje.

Jonote: Liana.

La'a: Duende. Voz mazateca.

Mapache: Mamífero carnívoros, de tamaño y aspecto parecidos a los del tejón.

Mecapal: Trozo de cuerda que, apoyado en la frente, se usa para llevar cargas.

Nanacatl: Hongo comestible.

Olote: Mazorca de maíz sin los granos.

Pastora: Planta alucinógena.

Pisiate: Polvo que se obtiene mezclando hojas de tabaco con cal y que hace las veces de agua bendita.

Pizar: Cosechar, recoger maíz.

Presente: Ofrenda.

Quelites: Nombre de varias hierbas comestibles, de color verde.

Temascal: Baño de vapor indígena.

Tepalcate: Tiesto o trasto de barro.

Tepezcuintle o *tepeizcuinte*: Paca, un mamífero.

INDICE

Nota preliminar	9
Prólogo	11

I. EL CHIKON: LOS ARBITRIOS DE UNA DEIDAD

1	Recorridos del Chikón	23
2	Su hora de comer	24
3	El que le negó caña al Güero	25
4	El viejito que sacaba barbasco	27
5	El anillo de oro	28
6	El hombre grande de la barranca	31
7	La barda	32
8	Allá por Agua Estrella	33
9	La cueva de Agua Neblina	35
10	Y así fue como salvó su vida	36
11	El hombre brillante en la gran mesa	37
12	Tres reyes en la noche	38
13	El dueño del río Uluapa	39
14	Una caja de pura plata	40
15	El viejito de Soyaltepec	41
16	El jinete misterioso	42
17	Un regalo del Güero	43
18	Doce barriles de oro	44
19	Lo que le sucedió a mi hermano	47
20	Las oportunidades perdidas	48
21	Los árboles de la plata y el oro	50
22	El cazador que nomás hería a los animales	52

II. EL ORDEN SAGRADO

1	Los augurios de enero	57
2	Las lunas propicias	58
3	El lenguaje del maíz	59
4	Dar de comer a los mozos	60
5	Se debe guardar dieta	61
6	De brujos y curanderos	62
7	Los hongos	64
8	Una curación que me hicieron	65
9	El relato de la curandera	68
10	No apedrear al zopilote	70
11	La muchacha que lloró antes de nacer	71

12	Los vaticinios de un curador de Tenango	73
13	Signos de mal agüero	76
14	Los sueños	79
15	El lugar de trabajo es sagrado	80
16	Cuando se construye una casa	82
17	Los sitios sagrados	83
18	El hueledenoché	84
19	El egoísmo es malo	86
20	El antojo de un niño	87
21	El castigo a la mezquindad	89
22	Cuando se enferma un animal	90
23	Las bolas de fuego	91
24	El santo patrono de Ayautla	92

III. VISIONES Y MUTACIONES

1	El armadillo que se volvió víbora	95
2	El cazador de palomas	87
3	Los tepezcuintles son víboras	98
4	El jabalí perseguido	99
5	El venado	100
6	La señora de huipil	101
7	Las terribles noches de un trabajador	102
8	Un espanto como yo	104
9	Otras travesuras de mi espíritu	105
10	El hombre que se convertía en mapache	107
11	Otro hombre mapache	109
12	Una brujería	110
13	La moza y la víbora	112
14	La curandera tepezcuintle	113
15	El chamaco que se convertía en zorra	115
16	El anuncio	116
17	La mujer que despreció los hongos	117
18	El hombre demonio	119
19	Los dueños del cerro	120

IV. EL MUNDO ENCANTADO

1	El niño güero	125
2	La niña de la barranca	126
3	Los duendes no son iguales	127
4	Apedreaban mucho al tractor	128
5	Son delicados y uno sueña con ellos	129
6	Los chamacos de La Joya	130
7	Los ven cuando están bañándose	131
8	Los negritos	132

9	Las hijas del Chikón	134
10	La gringa	136
11	Una mujer raptada	137
12	El encuerador rojo	139
13	Un señor de Cuyamecalco	140
14	La Cueva del Diablo	142
15	La noche en Loma Grande	143
16	El águila que se llevaba a la gente	144
17	La cueva de Cerro Rabón	145
18	El almacén subterráneo	146
19	Cuando se llevaron a mi abuelito	147
20	Lucha con un muerto	149
21	Los hijos del arco iris	150
	Algunas voces usadas	152

LA RED DE JONAS - ENSAYO

Sección México y Latinoamérica

1. *AMERICA LATINA: CINCUENTA AÑOS DE INDUSTRIALIZACION*. Varios autores.
2. *¿HA MUERTO LA REVOLUCION MEXICANA?* Stanley Ross (ed.).
3. *EL CULTO DEL PEYOTE*. Weston La Barre.
4. *SISTEMA Y SUCESSION* (*Las bases sociales del reclutamiento de la élite política en USA, URSS, Alemania y México*). John D. Nagle.
5. *LA IMPLANTACION DE DOS EMPRESAS MULTINACIONALES EN MEXICO*. Rémy de Montavon (con la colaboración de M. S. Wionczec y F. Piquerez).
6. *BREVE HISTORIA DE MEXICO (De Hidalgo a Cárdenas) 1805-1940*. Jan Bazant.
7. *LA PROBLEMÁTICA DE LA POBLACION LATINO-AMERICANA*. A. y M. Mattelart.
8. *EMBAJADOR EN CUBA*. Edgardo de Habich.
9. *EL MILITARISMO MEXICANO*. Edwin Lieuwen.
10. *EL SISTEMA ECONOMICO MEXICANO*. Héctor González Méndez.
11. *LAS PRIMICIAS DEL IMPERIO. (Testimonios norteamericanos 1898-1903)*. José Luis Orozco.
12. *ENSAYOS INSOLITOS*. Darcy Ribeyro.

Sección Cultural Popular

1. *LA CULTURA POPULAR*. Rodolfo Stavenhagen y otros.
2. *GESTOS, ONOMATOPEYAS E INTERJECCIONES POPULARES EN EL D. F.* Sonia Iglesias.
3. *SONES DE LA TIERRA Y CANTARES JAROCHOS*. Humberto Aguirre Tinoco.
4. *LA HORA DEL BARBARO*. Adolfo Colombres.
5. *TIEMPOS DE REVOLUCION*. Santiago Martínez Hernández.
6. *LA FLOR DE LA PALABRA. Antología de la Literatura Zapoteca*. Víctor de la Cruz.
7. *MARINERO QUE SE FUE A LA MAR*. Lilian Scheffler.
8. *DANZAS Y BAILES TRADICIONALES EN EL ESTADO DE TLAXCALA*. Amparo Sevilla.
9. *LA MUSICA POPULAR EN TLAXCALA*. J. Arturo Chamorro.
10. *FIGURAS EN LA NIEBLA*. Carlos Incháustegui.
11. *LA PRODUCCION ARTESANAL Y SUS PROBLEMAS*. Rodolfo Becerril Straffor y otros.
12. *EL FINAL DEL SILENCIO*. Julio Garduño Cervantes.

LA MATRACA

PRIMERA SERIE

1. FLORENCIO M. DEL CASTILLO. *Hermana de los Angeles.*
 2. MANUEL PAYNO. *El Hombre de la Situación.*
 3. VICENTE MORALES. *Gerardo, Historia de un Jugador.*
 4. JOSE PEON Y CONTRERAS. *Veleidosa.*
 5. ARCADIO ZENTELLA. *Perico.*
 6. JOSE TOMAS DE CUELLAR, "Facundo". *Los Mariditos.*
 7. JUAN DIAZ COVARRUBIAS. *Gil Gómez, El Insurgente.*
 8. PABLO ROBLES. *Los Plateados de Tierra Caliente.*
 9. NICOLAS PIZARRO. *La Coqueta.*
 10. JUAN A. MATEOS. *La Majestad Caída.*
 11. MARIANO AZUELA. *Sin Amor.*
 12. JOSE FERREL. *Reproducciones.*
 13. MANUEL BALBOLTIN. *Tulitas la Pelona.*
 14. JORGE FERRETIS. *Tierra Caliente.*
 15. IRENEO PAZ. *Amor de Viejo.*
 16. PEDRO CASTERA. *Los Maduros.*
 17. RUBEN M. CAMPOS. *Claudio Oronoz.*
 18. MANUEL SANCHEZ MARMOL. *Previvida.*
 19. JOSE GUADALUPE DE ANDA. *Los Cristeros.*
 20. EDUARDO URZAIZ. *Eugenia.*
 21. MARIANO AZUELA. *Las Tribulaciones de una Familia Decente.*
 22. AGUSTIN VERA. *La Revancha.*
 23. CIRO B. CEBALLOS. *Un Adulterio.*
 24. FERNANDO ROBLES. *La Virgen de los Cristeros.*
 25. JUSTINO SARMIENTO. *Las Perras.*
 26. TEODORO TORRES. *La Patria Perdida*
 27. JULIO SESTO. *La Tórtola del Ajusco.*
 28. HERIBERTO FRIAS. *El Ultimo Duelo.*
 29. SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA. *La Camada.*
 30. PORFIRIO PARRA. *Pacotillas.*
-

SEGUNDA SERIE

1. JOAQUIN BOLAÑOS: *La portentosa vida de la Muerte.*
2. FERNANDO OROZCO Y BERRA: *La guerra de treinta años.*
3. MANUEL PAYNO: *Sobre amores, mujeres y matrimonios.*
4. IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN: *Manolito, el pisaverde y otros cuentos.*
5. JOSE MARIA ROA BARCENA: *La quinta modelo.*
6. GUILLERMO PRIETO: *El placer conyugal y otros textos similares.*

7. HILARION FRIAS Y SOTO: *Vulcano - Album fotográfico.*
8. FRANCISCO ZARCO: *Castillos en el aire y otros textos mordaces.*
9. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA: *Historia de Welina y otras leyendas.*
10. JOSE H. GONZALEZ: *La cruz del monte y otros dramas misteriosos.*
11. FRANCISCO SOSA: *El doctor Cupido y otras historias.*
12. UN DEVOTO DEL PENSADOR MEXICANO: *Perucho, nieto de Periquillo.*
13. VICTORIANO AGÜEROS: *Leyenda de Navidad - Páginas íntimas.*
14. JUAN DE DIOS PEZA: *Cuentos y recuerdos personales.*
15. ANGEL DE CAMPO ("MICROS"): *Apuntes sobre Perico Vera y otros cartones de Azul.*
16. JOSE NEGRETE: *Memorias de Paulina - Memorias de Merolico.*
17. MANUEL JOSE OTHON: *Cuentos de espantos y novelas rústicas.*
18. FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL: *¡Pobre bebé! - Cuentos frívolos.*
19. NICOLAS PIZARRO-JUSTO SIERRA-MANUEL GUTIERREZ NAJERA: *Tres novelas trucas mexicanas.*
20. LAURA MENDEZ DE CUENCA: *Simplezas.*
21. CARLOS DIAZ DUFOO: *Textos nerviosos.*
22. J. RAFAEL GUADALAJARA: *Amalia. Páginas del primer amor.*
23. RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ: *El teniente de los gacilanes.*
24. MARIA ENRIQUETA: *El consejo del búho y otros cuentos.*
25. BERNARDO COUTO CASTILLO: *Asfódelos.*
26. ALBERTO LEDUC: *Fragatita y otros cuentos.*
27. CARLOS NORIEGA HOPE: *Las experiencias de Miss Patsy y otros cuentos.*
28. MARCELINO DAVALOS: *¡Carne de cañón!*
29. JOSE MANUEL PUIG CASAURANC: *La hermana impura.*
30. JOSE MARTINEZ SOTOMAYOR: *La rueca de aire.*

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de PREMIA editora de libros, s.a., en Tlahuapan, Puebla, en el primer semestre de 1984. Los señores Angel Hernández, Serafín Ascencio, Ignacio Hernández y Donato Arce tuvieron a su cargo el montaje gráfico y la impresión de la edición en offset. El tiraje fue de 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición.



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



014255

Cuando el autor llegó a Huautla de
nez, Oaxaca, el país de los mazatecos, los
estaban húmedos y tristes, y el velo gris de la
niebla diluía las formas. No imaginó entonces
que detrás del mismo se abría un universo má-
gico, de constantes mutaciones, que el consumo
de plantas alucinógenas exacerbaba hasta el de-
lirio. Fue a sentarse con sus amigos mazatecos
en el corredor de la finca "Cafetal Carlota",
frente a la selva virgen y los cerros, al misterio-
so escenario de las historias que comenzaron
de pronto a fluir, una tras otra, integrando lo
real y lo fantástico en una sola dimensión des-
concertante. La niebla empezó entonces a agi-
tarse, a poblarse de figuras tanto benéficas como
malignas, de deidades que sostenían un orden
sagrado colmado de encantamientos, en el que
cualquier mutación era posible sin que nadie se
asombrase demasiado.

Carlos Incháustegui nació en Chincha Alta,
Departamento de Ica, Perú, en 1924. Estudió
letras en la Universidad de San Marcos, de
Lima, y poco después partió para México, don-
de se graduó de antropólogo y estableció su
residencia definitiva, nacionalizándose. Es autor
de numerosos estudios antropológicos. Profun-
dizó especialmente en la realidad social y cul-
tural de los mazatecos, y en 1977 publicó un
primer volumen de relatos de este grupo, que
tituló *Relatos del mundo mágico mazateco*
(SEP-INAH).

cultura popular - 10



Dirección General de Culturas Populares